

MÁS HORRIBLE CADA VEZ

ADA CORETTI

«Era agradable internarse en el bosque de Allen Rood, sentarse junto a un árbol, bajo su protectora sombra, apoyar la espalda en su grueso tronco y escribir versos. Así al menos opinaba Charlton Mennedy, que se consideraba un hombre plenamente feliz.

Pero aquella tarde, antes de llegar a su árbol favorito, el joven quedó parado, detenido. Acababa de ver un agujero en el suelo, un agujero con forma de fosa, muy profundo. ¡Y en el fondo había un ataúd! ¡Un ataúd abierto, como esperando el cuerpo que debía de serle destinado!».



Ada Coretti

Más horrible cada vez

Bolsilibros: Selección Terror - 154

ePub r1.0

xico_weno 03.09.16

Título original: *Más horrible cada vez*
Ada Coretti, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

Era agradable internarse en el bosque de Allen Rood, sentarse junto a un árbol, bajo su protectora sombra, apoyar la espalda en su grueso tronco y escribir versos. Así al menos opinaba Charlton Mennedy, que se consideraba un hombre plenamente feliz.

Pero aquella tarde, antes de llegar a su árbol favorito, el joven quedó parado, detenido. Acababa de ver un agujero en el suelo, un agujero con forma de fosa, muy profundo. ¡Y en el fondo había un ataúd!… ¡Un ataúd abierto, como esperando el cuerpo que debía de serle destinado!

—Es para ti…

Sonó la voz tras él.

Con una sacudida convulsa, se giró hacia el bromista. Pero ¿se trataba verdaderamente de un bromista?

Así que vio su cara, ya no tuvo dudas. Aquello iba en serio. Terriblemente en serio.

Sin embargo, para cuando se dio cuenta de ello, su asesino había aprovechado ya su momentáneo desconcierto, propinándole un brusco empujón, que quieras que no le hizo perder el equilibrio y caer en el vacío que formaba la fosa.

Aquello era hondo, muy hondo, así que, una vez repuesto de la caída, Charlton Mennedy no vio modo de salir de allí. Elevando los brazos al máximo, le faltaban aún tres palmos, como mínimo, para llegar a ras de tierra.

—¡Socorro! —Se puso a gritar—. ¡Socorro…!

—Cállate, necio —le dijo la voz—. ¿No ves que nadie va a oírte? He calculado bien el lugar.

—Pero ¿por qué hace eso conmigo? —gimió—. ¿Qué sentido tiene que me esté asustando así…?

—Va a ser algo más que un susto. Te voy a enterrar en vida.

—Para hacer eso conmigo, tendría usted que estar loco —y crecía su horror más y más al comprender que tenía cara de eso, precisamente de eso, de loco de atar.

—Sí, me he escapado del manicomio. Ja… Ja… Ja… —Y se echó a reír con unas carcajadas demoníacas, espeluznantes.

No esperó a más. Sacó a escena una pequeña bolsa de plástico, que parecía no contener nada, pero que evidentemente contenía algo porque se hallaba hinchada.

De pronto, la dejó caer al fondo de la fosa. Antes había aflojado el cordel que cerraba su abertura. Empezó a salir un vaho extraño, azulado, de olor acre, muy fuerte.

Casi al acto, Charlton Mennedy sintió que se mareaba, que se le doblaban las rodillas. No pudo evitarlo, segundos después se había desvanecido.

Bueno, no exactamente, porque seguía siendo dueño de su conocimiento. Pero las fuerzas le habían abandonado, incluso los párpados se le habían caído, se le habían cerrado, quedando todo él como paralizado.

Al caer inerte, quedó en una extraña postura, por lo que su asesino, desde arriba, con una rama de árbol, recia y larga, tuvo trabajo en colocarle en la postura deseada por él.

Charlton Mennedy supo en seguida qué postura iba a ser aquélla: extendido en el ataúd, como si ya estuviera muerto.

¡Y quiso rebelarse! ¡Quiso levantar las manos, cogerse a la rama y defender desesperadamente su vida!

Pero sus manos, como sus piernas, como todo su cuerpo, permanecían inertes, incapaces de reaccionar.

Al fin quedó debidamente colocado dentro del ataúd, con las piernas estiradas, con las manos cruzadas sobre el pecho. Una postura perfecta. Para un muerto, claro.

Entonces, sintió caer sobre sus piernas la primera palada de tierra. Y al poco la segunda, y la tercera.

—No… No… —consiguió articular, con acento aterrador. Por lo visto las cuerdas vocales aún le funcionaban.

Seguían cayendo las paladas sobre sus piernas. Tanto peso sentía ya el infeliz de Charlton Mennedy, que le resultó fácil adivinar que sobre ellas había ya mucha, mucha tierra.

Así debía ser, pues esa tierra se escurría, se desparramaba, se

deslizaba ya sobre su pecho, sobre su cuello. De un momento a otro le quedaría taponada la boca y después la nariz. Aquél sería el final. Moriría asfixiado.

Pero antes de llegar a ese instante, empezó a sentir que se recobraba, que recuperaba sus fuerzas, e hizo un esfuerzo infrahumano para ponerse en pie. Tenía que hacerlo, por su adorada esposa Jessica y por sus cuatro hijos, que eran una bendición de Dios. ¡Pero todo aquello pesaba ya tanto, tanto…! Además, al comprender que el efecto de la bolsa de plástico iba pasando, su asesino se estaba dando prisa por concluir su obra.

Y cayó otra palada de tierra, y otra, y otra más… Muy rápidas. Muy aprisa. De forma casi precipitada.

Charlton Mennedy no pudo reaccionar. Las fuerzas le volvían demasiado tarde. Tuvo que quedarse metido en el ataúd, quieto, inmovilizado, esperando el trágico final.

Por falta de aire, debió morir poco después.

Sin embargo, cuando su asesino, como colofón de su obra, colocó una cruz de madera sobre aquella tierra, y unas flores silvestres, aún, entonces, parecía agitarse aquella tierra.

¿Cabe suponer, pues, que aún viviera en aquellos instantes…?

* * *

Richard Dalen se había alejado de la localidad donde vivía, Allen Rood, y había llegado hasta los linderos del bosque. Un simple paseo, sin más trascendencia que estirar las piernas.

De pronto, sintió un agudísimo dolor en la cabeza. Comprendió que alguien le había dado un golpe, sin duda con un objeto muy duro y contundente.

Era joven, apenas treinta años, y fuerte. Pero el golpe le hizo tambalearse y doblarse sobre sí mismo, perdiendo por completo el conocimiento.

Se oyó una risita a su lado. La risita de quien, al poco, había de poner aquel cuerpo sobre una carretilla, que luego se llevaría hacia el interior del bosque. No sin antes colocar en los orificios nasales de su presunta víctima un algodón empapado en cloroformo.

Un rato después, en la cabaña del viejo Tom, el gato aulló. Pero fue un aullido breve, seco, cortado, porque el hacha había seccionado la cabeza del felino de un solo tajo.

El cuerpo del gato quedó moviéndose, así como su cola. También botó y rebotó por unos instantes su cabeza. Después, cuerpo, cola y cabeza quedaron inmóviles para siempre.

La risita se repitió, mientras una mano enguantada, la misma que diera impulso al hacha, se agachaba hasta el suelo y cogía la cabeza del gato, metiéndola seguidamente en una pequeña cesta.

Cuando Richard Dalen se despertó, tras los efectos del cloroformo, quedó preso de la más terrible de las perplejidades. Estaba echado en el suelo, sobre la tierra, mirando hacia arriba, con los brazos en cruz y las piernas abiertas, desnudo. Fuertes cuerdas sujetaban sus muñecas y tobillos, estirando sus miembros hacia los troncos de los árboles a los que tales cuerdas se hallaban amarradas.

A su lado estaba su asesino…

Supo que lo era, así que reparó en él. Llevaba una siniestra y demencial maldad reflejada en sus pupilas. Entonces, su perplejidad se trocó en espanto, en horror, y se puso a gritar.

—Nadie va a oírte —la voz del asesino estremeció su cuerpo. Un cuerpo que no obstante hallarse desnudo, sudaba a borbotones por todos y cada uno de los poros de su piel—. Estamos muy metidos en el bosque. Ya me he encargado yo de hacerlo todo bien.

—¿Qué pretendes de mí? —Balbuceó, mientras daba diente contra diente—. ¿Qué significa esto?

—Significa —dijo la voz— que voy a operarte.

—¿Operarme…? —inquirió, gritando acto seguido—. ¡Pero si no estoy enfermo! ¡Si mi salud es perfecta!

—No, no es perfecta —dijo la voz—. Estás muy enfermo del corazón. Sólo interviniendo quirúrgicamente… —Había abierto un pequeño maletín negro, extrayendo los utensilios que contenía, tijeras, pinzas, bisturí—. Podré salvarte. No te inquietes, todo irá bien. Ya tengo aquí la cabeza del gato…

La sacó del pequeño cesto. Y el prisionero, desorbitando las pupilas, se puso nuevamente a gritar. No comprendía nada de todo aquello. Sólo comprendía que el horror se desbordaba dentro de sí mismo.

—¿Para qué saca esa cabeza de gato…? —preguntó luego, pero tan espantado que no conseguía despegar la lengua del paladar.

—Te lo he dicho ya, ¿no? —Pareció impacientarse un tanto—. Voy a operarte. Tienes muy enfermo el corazón y hay que restituirlo

por otro órgano. La cabeza de gato es lo mejor para estos casos, no habrá rechazo… Quiero que esta operación sea un auténtico éxito, ¿sabes?, así mis colegas se verán obligados a reverenciar mi talento.

—Está loco… —El prisionero se sintió más y más espantado, más y más aterrado, al darse cuenta de que aquella persona no se hallaba en su sano juicio—. Está rematadamente loco…

—Voy a empezar. No hay tiempo que perder.

—Déjelo para mañana —Richard Dalen quiso ganar tiempo, esto tal vez fuera su salvación—, ahora empieza ya a ser de noche. A la luz del día la operación saldrá mejor. Así podrá demostrar a todos que es un genio.

Pero el miedo que sentía era tan horrible, que las cuerdas vocales no le respondieron debidamente, por lo que sus palabras apenas resultaron inteligibles. Por lo menos no llegó a entenderlas su asesino, que se hallaba sólo pendiente del contenido del maletín negro.

Al poco, eligió uno de aquellos afiladísimos bisturíes y rasgó el pecho de su aterrorizada víctima, la cual dio una terrible sacudida y luego tuvo una horrenda contracción. Casi al unísono, había de lanzar un espantoso alarido.

Pero el bisturí había rasgado poco más que su piel. Sin embargo, había ya empezado su lenta y espeluznante tarea.

Lo más pavoroso vino después, pues el bisturí siguió partiendo, cortando, apartando aquella carne, con cuidado, como entregado a una concienzuda y sabia tarea.

El dolor que Richard Dalen sentía era horrendo, insoportable, verdaderamente inhumano, pero tenía una fuerte constitución y lograba soportar aquello. No, no llegaba el desvanecimiento. Algo que en tales circunstancias hubiera resultado altamente piadoso.

Llegó a ver su pecho abierto, de par en par, como una siniestra y monstruosa puerta que llevara a la muerte. Llegó a ver a su propio corazón, latiendo desaforadamente, dando brincos desesperados, queriendo asirse angustiosamente, frenéticamente, a esa vida que iban a arrancarle de un momento a otro.

Volvió a gritar. Volvió a lanzar terribles alaridos. Volvió a chillar de un modo exasperado, frenético, infernal. Pero él sabía que aquello significaba el final.

Pensó en Donna, en su joven y bonita esposa, con la que siempre

había sido muy feliz, y con su hija, que acababa de cumplir los tres años. Les dedicó un último pensamiento. Estaba convencido de que no podía hacer nada más.

No se equivocó.

De pronto, la mano que seguía enguantada se metió entre aquella satánica danza de sangre y arrancó el corazón, sacándolo de su lugar. Lo arrancó sin vacilaciones de ninguna índole.

Richard Dalen volvió a sufrir una sacudida. Pero fue la última, claro. No podía ser de otra manera.

En lugar del corazón colocó la cabeza del gato, cuyos ojos ante el seco y contundente golpe de hacha, habían quedado abiertos. Abiertos del todo.

Esperó un poco. ¿Para ver si latía nuevamente aquel pecho…?

Lo único cierto es que de nuevo se oyó aquella risita.

CAPÍTULO II

Cuando Bob Boone terminó de leer la carta que había recibido, se dijo que aquello resultaba extraño, incomprensible, incluso absurdo, pero que tratándose del doctor Wanddors, un antiguo amigo —aunque bastante mayor que él, puesto que él aún no había cumplido los veintisiete años y el referido amigo debía tener ya los cuarenta— no le tocaba otro remedio que creer y tomar en consideración todo aquello.

Así que, sin necesidad de más, se decidió a coger el coche y a dirigirse hacia Allen Rood, esa pequeña localidad en la que ya estuviera una vez años atrás.

Pero estuvo sólo unas horas, por lo que apenas recordaba su taberna un tanto destartalada y la fonda, que se daba un postín que no tenía, pero que era, evidentemente, lo mejor que había por allí.

Aunque por allí poco bueno había que ver. Un amplio bosque hacia el norte, y un pequeño lago, pero nada más. El resto resultaba vulgar, e incluso desapacible, sobre todo cuando el viento soplaba fuerte, que era a menudo, y arremolinaba el polvo de las calles y de los alrededores. Un polvo seco, oscuro, sucio, que se metía en los ojos y se pegaba a la piel. Ante todo se hacía sentir en los labios.

Bob Boone vivía en la ciudad, en un lugar donde los apartamentos valían un ojo de la cara. Pero él podía pagar lo que le pedían, y más si hubiera querido. Cobraba cifras elevadísimas por los trabajos que llevaba a cabo.

Era un buen detective, tan bueno que, como decía él un poco fanfarronamente, aún no había fracasado en ninguna ocasión. Algo que no todos podían decir.

Debido a su buena fama, sin duda, el doctor Wanddors acababa de escribirle. De otro modo no lo entendía. En aquel caso concreto, era el detective al que necesitaba, no al antiguo amigo.

Antes de salir de su apartamento, Bob Boone, atlético, con más de un metro ochenta, con unos ojos grises de escrutadora mirada, con puños duros como el acero, con una paciencia limitadísima, telefoneó a tres o cuatro chicas.

Para todas ellas tuvo la misma frase. ¿A qué cambiarla, si con eso bastaba y sobraba para dejarlas contentas?

—Tengo que irme, preciosa… ¡Cuánto lo lamento, imagínate! Te llamaré así que esté de regreso.

Ya al volante de su coche, le dio al acelerador sin contemplaciones. La velocidad le atraía, le seducía. No tanto como le atraían y seducían las mujeres, pero no faltaba mucho.

Consultó su reloj en varias ocasiones. El doctor Wanddors le había citado a las nueve y media de aquella misma noche, en un parador de la carretera. Un parador denominado La Perla, a unas tres millas de Allen Rood.

¿Por qué allí, cuando le hubiera resultado mucho más cómodo recibirle en su propia casa? Claro que aquello no era exactamente su casa, pero para el caso, por descontado, como si lo fuera.

El doctor Wanddors vivía en un manicomio, de donde era el director-jefe hacía ya muchos años. Se puede decir que aquél era su mundo, y que el resto del mundo no le importaba absolutamente nada.

Sin embargo, había salido de aquel lugar y era para entrevistarse con él. Sin duda, pues, algún poderoso motivo le había inducido a actuar de aquel modo.

Bueno, ya lo sabría así que le viera. En menos de tres horas estaría en su compañía.

Pero el coche de Bob Boone sufrió una avería poco antes de llegar al parador, por lo que se vio obligado a apearse y a buscar ayuda donde mejor creyó poder encontrarla.

Desde luego, por allí la carretera estaba desierta. No había casas por los alrededores. Sólo una, y en honor a la verdad de muy buen aspecto. De tan buen aspecto que daba la sensación de no encajar debidamente en aquel panorama.

Por lo tanto, Bob Boone no tuvo necesidad de pensárselo mucho y llamó a la puerta principal de aquella casa.

Le recibió un mayordomo de mediana estatura, rigurosamente uniformado. Tendría unos cuarenta años. Su rostro era anguloso,

poco expresivo.

Bob Boone le dijo que el coche se le había averiado y le pidió permiso para telefonear a un garaje. Deseaba que vinieran a arreglárselo cuanto antes. Tenía una cita, a la que no podía dejar de acudir bajo ningún pretexto.

—Pase usted… —le dijo, introduciéndole en la elegante casa—. No faltaría más.

En eso se oyó una voz de mujer.

—¿Es el doctor Wanddors…? Dime, Walter, ¿es el doctor Wanddors…?

El joven detective se había quedado algo desconcertado y a la vez expectante.

—No, señora —respondió el mayordomo—. Es un joven que viene a telefonear. Su coche se ha averiado y…

—¡Ah!, creía que era el doctor Wanddors.

Apareció la propietaria de aquella voz, que era también la dueña de aquella casa. ¡Vaya mujer! De unos treinta años como máximo, tenía una figura impresionante, unas formas llamativísimas. Sus ojos eran verdes, rasgados, y sus pupilas brillaban como esmeraldas recién pulidas. Tenía el cabello negrísimo, como ala de cuervo, y le caía liso hasta más abajo de media espalda. Una espalda que en esta ocasión lucía destapada.

Bob le concedió un examen sumamente admirativo. Admiración que se acumuló en sus piernas largas y firmes, verdaderamente sensacionales, cuando avanzó hacia él y el vestido se le entreabrió generosamente.

—Disculpe que venga a molestarla —dijo Bob.

—No es ninguna molestia, es un placer recibirle… —Se agudizó la intensidad de aquellas pupilas—. Venga por aquí, yo misma le indicaré dónde está el teléfono. —Se dirigió al mayordomo—: Puedes retirarte, Walter. Yo atenderé al joven.

No se lo hizo repetir, y tras hacer una respetuosa inclinación de cabeza, retrocedió unos pasos, desapareciendo seguidamente por una puerta que debía conducir a las dependencias de la servidumbre.

—Por aquí —sonrió ella—. Está usted en su casa, señor…

—Boone. Bob Boone. A sus pies, señora…

—Llámeme Russ. Así me llaman mis amigos.

—Gracias, Russ.

—Me permitirá… —Estaban ya en una sala primorosamente amueblada. Ella volvió a sonreír—. ¿Me permitirá que le ofrezca un *whisky*?

—Es usted muy amable.

Bob Boone no llegó a telefonear. Cuando iba a hacerlo, Russ le dijo que su mayordomo entendía de coches y que él le arreglaría la avería. Podía estar tranquilo, en seguida quedaría solucionado su problema.

Y acto seguido, mientras Walter obedecía las órdenes recibidas de su hermosa señora, ellos dos, sentados en el diván, dialogaban:

—No es agradable vivir aquí —aseguró ella— es éste un lugar demasiado apartado. Me alegro que haya venido usted.

—Si no le gusta esto, ¿por qué vive aquí? —preguntó él, convencido ya de que estaba ante una mujer extremadamente apasionada.

—Prometí no vender esta casa —repuso Russ—. Es una tontería, sí, lo admito… No voy a pasarme la vida pendiente de una promesa tonta. Pero qué quiere usted, soy una sentimental.

—Si usted lo dice, la creo. Yo siempre creo todo lo que me dicen las mujeres guapas.

—Pues tiene usted planta —afirmó ella— de no creer a ninguna y quizá de burlarse de todas.

—Le prometo solemnemente —bromeó, mientras alzaba una mano como si jurase— que jamás me he burlado de ninguna, aunque confieso, eso sí, haberme divertido con muchas.

—¿Es usted muy exigente a la hora de elegir, Bob? Dígamelo sinceramente, por favor.

—Sí, soy exigente, pero no tanto como para atreverme a poner los ojos en usted —la adulación le salió redonda.

—Atrévase… —le rogó, haciendo un mohín.

—Me atrevería —dijo Bob— si no fuera porque voy corto de tiempo. Tengo una cita a las nueve y media… Como quiera que sea que mi coche, sin duda, estará arreglado de un momento a otro, comprenda…

—¿Una cita con una mujer? —preguntó.

—No.

—Me tranquiliza —repitió el mohín, mientras se acercaba

provocativamente a él—. Iba a pedirle que volviera por aquí cualquier día.

—¿Por qué no? Volveré así que pueda.

—¿Seguro, Bob?

—Seguro, Russ.

Ella le tendió los brazos al cuello, ofreciéndole los labios, y Bob Boone se dijo que era una verdadera pena que tuviera que dejar aquel plan a medias. Pero, por descontado, no perdió la ocasión de besarla.

—Ejem…, ejem… —Oyeron que tosía el mayordomo.

Se separaron lo más discretamente posible.

—Dime, Walter.

—Señora, la avería ya está reparada. Nuestro joven visitante puede proseguir el viaje así que lo desee.

—Muy bien, Walter.

—Disculpe las molestias —dijo Bob Boone a su vez, y levantándose del diván fue hacia el sirviente y le alargó un par de billetes—. Le quedo muy agradecido.

—Yo a usted, señor —y aceptó los billetes, no sin antes esperar a que su señora le hiciera un gesto de asentimiento.

Poco después, Bob Boone se despedía de Russ. En el vestíbulo de la casa, donde había sido encendida la espléndida araña que pendía del techo.

El sirviente se había retirado, así que volvían a estar solos.

—¿Volverá…? —preguntó ella, sonriéndole seductoramente—. ¿Puedo contar con ello…?

—No hay hombre en la tierra capaz de declinar una invitación tan tentadora. Volveré, Russ.

—¡Ah!, le daré mi número de teléfono —exclamó— por si quiere notificarme con antelación su visita… Espere un momento, se lo ruego.

Se fue hacia una estancia amplia, de la que, desde allí, Bob sólo podía ver una pequeña parte. Debía ser la biblioteca. Tenía todas las trazas de serlo.

Fue en aquel lapso de tiempo, cuando Bob Boone oyó unos quejidos angustiosos, unos gemidos estremecedores. Venían por lo visto de la otra parte de la casa.

Curioso y entrometido por su profesión, o tal vez por naturaleza,

se dirigió presto hacia allí, hacia la puerta a través de la cual le parecía percibir aquellos ayes de mal contenido dolor.

Entreabrió lentamente la puerta, aunque sólo unos discretos centímetros. No quería ser descubierto.

No vio nada. Bueno, eso es lo que creyó al principio. Luego se dio cuenta de que sí, de que a través de un espejo ovalado, de marco dorado, veía algo. Veía… cómo un nombre se estaba inyectando una fuerte dosis de calmante.

Sí, evidentemente debía tratarse de un calmante, pues los gemidos, los quejidos, fueron cediendo poco a poco.

Pero de ese hombre, a través del nítido cristal del espejo, sólo veía los brazos. El rostro, el cuerpo, no quedaban reflejados. Quedaban más allá del marco, lo que significaba fuera del alcance de su visión.

Oyó que Russ regresaba y Bob Boone se dio prisa en volver junto a la puerta de salida.

—Aquí tiene mi número.

—Gracias, Russ.

—No extravíe el papel —sonrió— ni se olvide dónde está edificada esta casa.

—Claro que no. Adiós, Russ.

* * *

Estaba acostumbrado a las tentaciones fuertes, de ahí que, al salir de aquella casa, Bob Boone consiguiera sacudir la cabeza y despejarse de todas esas ideas que podían entorpecer su eficacia profesional.

Y ésta le llevaba al parador La Perla, situado a unas tres millas de Allen Rood. Debía reunirse con el doctor Wanddors. Quien por lo visto estaba necesitando urgentemente de él.

Pero así que llegó al lugar de la cita y conversó con el interesado apenas cinco minutos, Bob comprendió que eso de «urgentemente» era quedarse corto.

El caso estaba al rojo vivo.

Sobre puras ascuas.

—¿Me has comprendido, Bob? —preguntó finalmente el doctor Wanddors.

Era éste un hombre que llevaba bien sus cuarenta años. Debía de

ser debido a su expresión bondadosa, casi aniñada. Sus ojos relucían tras unos lentes de cristal muy grueso, que evidenciaban una acusada miopía.

—Sí, te he comprendido. Pero, sinceramente, no veo nada claro este asunto.

—Por eso te he llamado. ¿No es lo tuyo aclarar asuntos complicados?

—Son mi especialidad.

—Pues manos a la obra. ¡A ver si te luces! Dime, ¿por dónde vas a empezar?

—Antes tengo que reflexionar.

—Sí, naturalmente. Disculpa, Bob, es tanta la impaciencia que tengo… Hazte cargo.

—Bueno, detallemos… ¿Cómo has dicho que se llamaba el primer loco que consiguió huir de tu manicomio?

—De mi clínica psiquiátrica —corrigió el doctor Wanddors.

—De tu clínica, claro… —aceptó la corrección—. ¿Cómo se llamaba?

—Keyle. Había sido sepulturero toda su vida. A los tres días de su huida, apareció muerto Charlton Mennedy… Keyle le había enterrado en vida. Sobre la fosa puso una cruz de madera y unas flores silvestres. Le detuvieron al día siguiente.

—¿Cómo se llamaba el segundo loco que huyó de… de tu clínica psiquiátrica? —preguntó Bob Boone.

—Sullivan. Había sido doctor, un prestigioso cirujano. Pero en medio de una conferencia dio inequívocas muestras de enajenación mental, y tuvieron que sacarle de allí con camisa de fuerza. Se fue gritando que tenía el secreto de los trasplantes de corazón… Que para que no hubiera rechazo, bastaba poner como órgano suplente la cabeza de un gato muerto.

—¿De un gato muerto? —Inquirió Bob—. Estaba como un cencerro, ¿eh?

—Nunca volvió a estar normal. Vino bajo mis cuidados hará un par de años, pero era ya un caso sin posible cura. Sí, consiguió huir… Y antes de las veinticuatro horas, se encontró en medio del bosque el cadáver de Richard Dalen. Con un bisturí le había abierto el pecho, buscándole el corazón… Se lo había arrancado, colocándole en su lugar la cabeza del gato muerto. Era el gato del

viejo Tom, el que vive en una cabaña cerca del lago. También a Sullivan le detuvieron al día siguiente. Éste llevaba puestas las ropas de su víctima.

—¿Y cómo se llama el tercer loco, el que acaba de huir de tu clínica…?

—Jardon. Es un pirómano. Ya sabes, del que gusta ver y oír crepitar el fuego, porque siente un inmenso placer con la visión de las llamas amenazando con destruirlo todo. Y sí, ahora ha huido… La verdad, Bob, estoy asustadísimo. Me despierto infinidad de veces cada noche, siempre temiendo que Allen Rood esté ardiendo por sus cuatro costados. Pero la realidad es —añadió— que aún hay más. Aún no te lo he dicho todo…

—Pues dímelo —le animó a proseguir.

—Con ese tal Jardon, pirómano, ha huido otro paciente, un tal Morggine… Era de profesión modesta, carnicero de profesión… Pero…, pero…

—Anda, dilo todo de una vez.

—Pero también ha huido una muchacha… —El doctor Wanddors sacó un pañuelo y se secó la frente—. Ella era aparentemente una paciente mía… Sí, las mujeres están en otra zona… Pues a pesar de eso, ya ves…

—¿Qué has querido decir con eso de que aparentemente era una paciente tuya? De veras que no te he entendido.

—Glenda Pattsson es una chica muy guapa, que sueña con ser una gran actriz de teatro. Tiene un temperamento valiente y decidido, que no se detiene ante nada, desgraciadamente…

—Te escucho.

—Digo desgraciadamente, porque las cosas se le deben haber complicado del modo más horrible. Verás, Bob, de qué se trata… Los padres de Glenda Pattsson se negaron a que fuera artista, riéndose de sus sueños, diciéndole que ella de comedianta no tenía nada. Además, se empeñaron en casarla con un mequetrefe. Por lo menos a la muchacha se lo parecía. En conclusión, Glenda Pattsson decidió demostrar sus dotes interpretativas… Fingió, pues, que le daba un ataque de locura. Y francamente, la chica lo hizo bien. No cabe dudar de ello, pues acabaron llevándola a mi clínica. Ya ante mi presencia, me explicó sus razones. Yo, luego de asesorarme convenientemente de que se hallaba perfectamente cuerda, opté por

firmar su alta… Pero huyó con Jardon, el pirómano, y con Morggine, el carnicero, ya te lo he dicho… O le hicieron huir, yo no puedo saber lo que sucedió. Esta hipótesis, no obstante, parece la más sensata, la más razonable.

—¿Qué opinas de todo esto, en conjunto…? Me interesa sobremanera tu opinión.

—No sabría decirte. Pero puesto a decir algo, me inclino por suponer que alguien les ayuda a salir… De no ser así, ¿cómo iban a poder hacerlo? Pero ¿quién les ayuda…? He aquí el interrogante. Por eso te he citado aquí, Bob. Prefiero que de momento nadie te conozca en mi clínica. Si allí está el culpable…

—¿Otro loco? —ironizó—. En ese caso, nadie mejor que tú para atraparlo, ¿no crees?

—Así parece.

—Dime, ¿de cuántos enfermeros y enfermeras, en total, consta la plantilla de tu clínica psiquiátrica?

Se lo dijo. Añadiendo:

—Y todos ellos, bien mirado, pueden ser sospechosos. Incluso Rosemary, mi secretaria.

—Comprendo. Tus dudas lo abarcan todo y a todos.

—Exacto.

—Bueno, aclárame algo más. ¿Puede existir en tu clínica algún pasadizo secreto…? Te estoy preguntando si es o no una edificación moderna… De ser antigua, cabría la posibilidad…

—Sí, todo aquello es antiguo, aunque restaurado y modernizado en varias ocasiones. En cuanto a un posible pasadizo, no puedo responderte, en absoluto. Quien podría saber algo en concreto, es la persona que donó el edificio para beneficencia, de eso hace ya muchos años… Pero el generoso benefactor falleció hace ya un año… A no ser que su viuda…

—Dame su dirección, por favor.

—Estuvieron casados más de diez años y ella parecía quererle sinceramente. Siempre que la vi, me causó muy buena impresión, ésta es la verdad. Si puede ayudarnos, seguro que lo hará.

—Dame esa dirección, sí… Por alguna parte he de empezar.

El doctor Wanddors sacó un papel y anotó la dirección solicitada por el joven.

—Aquí tienes.

Bob Boone dio un bote en el asiento.
Era la misma dirección que le había dado Russ.
—Oye, ¿cómo se llama la viuda de ese generoso benefactor?
—Russ —sonrió el doctor Wanddors—. Russ.

CAPÍTULO III

Bob Boone decidió dirigir sus investigaciones hacia la cabaña del viejo Tom. Quizá allí averiguara algo. Dejaría para más adelante su visita a la desconcertante Russ.

La cabaña estaba situada junto al lago, tal como el doctor Wanddors le había indicado. Un lago no todo lo romántico que pudiera parecer a distancia. Tenía las aguas opacas, bastante sucias.

—Venía a hablar con usted —le dijo Bob, alegrándose de encontrar al viejo Tom tomando el sol junto a la puerta de su cabaña.

Aunque lo cierto es que el sol se fue a los pocos segundos. El cielo se estaba nublando a una velocidad casi vertiginosa. Habría tormenta. No cabía suponer otra cosa.

—¿De qué quiere hablar conmigo? —preguntó, y siguió sentado en su silla de mimbre.

Era el hombre más viejo en muchas millas a la redonda. Por lo menos, así lo decía él, que aseguraba haber cumplido ya los cien años. Pero nadie sabía si mentía o no, había llegado a Allen Rood hacía sólo unos meses. Desde luego, su rostro estaba surcadísimo de arrugas, así como sus manos.

—Quería hablarle de su gato —dijo Bob.

—¡Oh, mi gato! —exclamo el viejo Tom casi poniéndose a llorar —. ¡Pobrecito! Le cortaron la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Por eso quería hablar con usted. ¿Sospecha quién pudo hacerlo?

—Fue el loco aquél… —gimoteó—, el que se escapó del manicomio. No es ningún secreto.

—Antes se había escapado otro loco, ¿no es eso? —Probó a ver qué le sonsacaba.

Si es que sabía algo.

—Sí, sí —asintió— el que enterró vivo al pobre Charlton Mennedy. Era un gran muchacho, puede usted creerlo. Aún recuerdo el día que celebró su décimo aniversario de boda, de eso hará apenas unas semanas. Me invitó a comer y a beber con ellos, me dejó sentarme en la mesa donde se celebraba el banquete. Nadie lo había hecho nunca. Soy muy pobre, vivo poco menos que de limosna y todos en Allen Rood me tienen un poco de menos. Bien mirado es lógico.

—No lo es tanto —recalcó— que se dejara enterrar vivo, ¿no le parece? Yo no me hubiera resignado a ello, por lo menos a las buenas.

—Debió ser a las malas. Pero yo no estaba allí, así que no puedo decirle cómo fue la cosa. En fin —agregó—, aunque yo he perdido a mi gato, al que tenía mucho cariño porque me hacía mucha compañía, peor libradas están saliendo esas dos pobres hermanas… Todo se ensaña con ellas, es terrible… ¡Qué fatalidad más grande!

—¿De qué hermanas me está usted hablando? —preguntó Bob.

—Le hablo de Jessica, la viuda de Charlton Mennedy, el que fue sepultado en vida, y de Donna, la viuda de Richard Dalen, el que sufrió la operación de corazón en medio del bosque. Jessica y Donna son hermanas.

—¡Ah, hermanas…! —Y Bob Boone, sin necesidad de más, supo ya que había dado con ese hilo que estaba buscando.

—Son muy guapas las dos —dijo el viejo Tom—. No hay mujeres más guapas que ellas en todo Allen Rood. Viven en la misma casa. Siempre se han querido mucho. Pero pronto se les ha acabado la felicidad, y todo por culpa de dos perturbados mentales. Sólo les queda el consuelo de sus hijos. Donna se ha quedado con una niña preciosa. En cuanto a Jessica, tiene cuatro ángeles que da gloria mirarlos. A veces vienen hasta aquí, para juguetear en la orilla del lago. Yo siempre les vigilo, para que no les suceda ninguna desgracia.

—Lo que no comprendo —dijo Bob— es cómo salen del manicomio… —Dado que el doctor Wanddors no estaba presente, podía pasarse por alto eso de clínica psiquiátrica.

—Eso no lo comprende nadie.

—Pero, bueno, alguna explicación tiene que haber… Resulta inevitable, forzosa. ¿Qué opina usted?

—No opino nada —respondió—. Por lo demás, ya soy muy viejo para romperme la cabeza haciendo cábalas. Que las hagan la gente joven. A propósito, ¿usted quién es?

—Un forastero —se limitó a decir Bob Boone— quizá un poco entrometido… Le ruego que me disculpe la molestia que haya podido causarle con mis preguntas.

—No ha sido molestia, joven. Todo lo contrario, se lo aseguro. Vivo aquí muy solo y muy aburrido, sobre todo desde que mataron a mi gato, y un rato de compañía siempre se agradece.

—En ese caso, otro día pasaré por aquí y volveremos a charlar. Ahora me voy, me parece que no tardará en descargar una tormenta.

—Si es por eso, tranquilo, joven. No habrá tormenta. El cielo se está nublando, poniéndose negro como un sudario, pero de lluvia, nada… Lo que hará dentro de un cuarto de hora, más o menos, será viento, mucho viento, y entonces se levantará, se arremolinará todo el polvo de la localidad.

—Oiga, una última pregunta… —Bob Boone quiso aclarar ese pormenor—, ¿no oyó usted gritos la noche que enterraron en vida a Charlton Mennedy, o la noche que asesinaron a Richard Dalen…?

—No, no oí nada —dijo el viejo Tom—. Soy algo sordo, a mis años ya se sabe.

—Pues a mí no me ha hecho falta repetirle ni una sola palabra —observó Bob Boone.

—De cerca oigo bastante bien, me defiendo.

—Bueno, hasta otra. —Adiós, joven.

* * *

Antes de dirigirse hacia la casa de las dos hermanas —ahora ya tenía trazado un plan, aunque sólo fuera, claro está, el inicio del mismo— decidió ir a echar una ojeada a la clínica psiquiátrica del doctor Wanddors.

Antes había visitado la localidad, queriendo percatarse claramente de sus características. Pero el manicomio quedaba en las afueras, así que todavía no sabía exactamente de qué clase de edificio se trataba.

Cuando estuvo ante aquella firme y sólida edificación, circundada por un muro fuerte y altísimo, se dijo que de allí no

escaparía ni él. Ni el que era joven, ágil, atlético, y tenía práctica en menesteres de tal o parecida índole.

¿Cómo, pues…?

Echó una mirada circundante. El terreno que rodeaba al edificio, era seco, árido, con gruesos pedruscos interceptando de vez en cuando el camino. La primera casa que aparecía por allí, era un molino abandonado.

Dirigió sus pasos hacia aquel lugar. Quería ver aquello, y verlo detenidamente. Podía dar con alguna idea no del todo desdeñable.

Pero bajo la tambaleante techumbre del molino, había tanto polvo y tantas telarañas acumuladas, que caía por su peso, por su propia evidencia, que allí no había entrado un ser humano en muchos años.

Salió de allí. Miró el cielo, que se había aclarado bastante. Seguía muy nublado, pero ya no ofreciendo la intensa y amenazadora negrura de instantes antes, cuando estaba hablando con el viejo Tom.

Por lo demás, tal como éste le había indicado, poco tardó en soplar una ráfaga de viento. Una ráfaga fuerte, violenta, que levantó del suelo mucho polvo.

Echó otra mirada al manicomio, sopesando de nuevo todo lo que, de seguro, pudiera tener o no el edificio. Su apreciación fue la misma. De allí era imposible escapar, a menos que alguien ayudase, y había de hacerlo generosamente. De otro modo no podía haber manera humana de traspasar aquel muro. En eso oyó la voz femenina:

—Por favor… Por favor…

Se volvió hacia aquel quejido de voz, que casi parecía carecer de fuerza para dejarse oír.

Al ver a la muchacha, se quedó de una pieza. No había para menos, porque había para eso y para más.

La muchacha era guapísima, preciosa. Nunca había conocido a otra chica tan llena de encantos. Todas las que conocía no valían ni la décima parte. ¡Demonios, qué ojos…!

Pero en aquellos maravillosos ojos azules, brillaba el temor, el miedo. ¿O quizá algo mucho más angustioso, más terrible, más horrendo? Posiblemente. Toda ella estaba temblando.

—¿Qué le sucede…? —preguntó Bob Boone, acercándose a

donde se hallaba. Entonces reparó en que iba vestida con una bata a rayas, con esa clase de batas que suelen llevar las enfermas de los manicomios—. ¿Puedo ayudarla…? Dígamelo con toda franqueza.

—¡Oh, sí! ¡Sí! —aseguró. Y luego agregó, tras mirarle con atención unos instantes—: Tiene usted cara de buena persona, y se le ve decidido, fuerte, valiente… Se lo ruego, tiéndame una mano…

—Claro que sí —afirmó Bob Boone, con desenvoltura—. Todo lo que usted me mande. Estoy a sus órdenes.

—Es que…, es que… —Pero sin poder evitarlo se puso a balbucear de un modo lastimoso.

—¿Qué le pasa? —Y sin más—: ¿Se ha escapado de esa casa…? —señaló con el índice la clínica psiquiátrica.

—Sí, si —asintió ella—, pero yo…, yo… No, no le he dicho nada —corrigió de pronto—. Olvídelo.

—No he de poder olvidarlo —repuso Bob—. Además, ¿no acaba de pedirme ayuda?

—No, no —evidentemente había cambiado de idea—. No necesito su ayuda para nada. Váyase, aprisa…

—No tengo por qué correr tanto, estoy a gusto a su lado. Posiblemente… porque es usted una chica muy guapa.

Ella lanzó un grito y entonces él, comprendiendo, se giró de pronto. Tras él había un hombre que era como una bestia. Una bestia alta, de ojos saltones. Como llevaba una camisa de manga corta, podían verse perfectamente sus enormes y descomunales bíceps, dignos ciertamente de un esforzado gladiador. Lucía la cabeza rapada a cero. Tal vez para impresionar aún más.

Bob se había girado con desventaja. No tuvo tiempo de evitarlo. Recibió un fuerte golpe en pleno mentón. A consecuencia del mismo, cayó a tierra cuan largo era.

—Espera a que me levante —masculló Bob Boone—. Vas a quedar con un buen recuerdo de mí…

Pero así que se desaturdió un poco y se puso nuevamente en pie, el sujeto aquel había desaparecido, y la muchacha también.

Los dos. Como si la visión de ambos hubiera sido tan sólo un espejismo.

* * *

Se había dirigido de nuevo hacia la localidad, y una vez allí se

encaminó hacia la fonda, donde no hacía mucho él y sus dos maletas habían ocupado una de las mejores habitaciones, la mejor de todas ellas según le aseguró la dueña del establecimiento.

La nueva dueña. Había adquirido aquello no haría más de unos seis o siete meses.

En esta ocasión, el motivo que llevaba allí a Bob Boone, era el de informarse. Lo mejor que pudiera.

La señora Tabel, la dueña, de unos cuarenta y cinco años, más gruesa que delgada, que sonreía siempre, hasta cuando no venía a cuento, había de mostrarse muy comunicativa.

Le informó dónde vivían las hermanas Jessica y Donna Panter. Pero no se conformó con eso, sino que, sin necesidad de que Bob la atosigase, le explicó la historia de la familia. Una historia que no tenía nada de particular, por lo menos hasta que dijo:

—Ante tanta desgracia, parece como si les hubiera alcanzado la maldición de aquel hombre.

—¿De qué hombre? —se interesó Bob.

—Antes vivían a unas cincuenta millas de aquí —le explicó la mujer—. De las dos se enamoró aquel hombre no mal parecido, pero de condición humilde. Primero se enamoró de Donna y no recibió de ella más que risas y menosprecios. Su desespero fue mucho, pero conoció a Jessica y fascinado por su belleza, que sobrepasa la de su hermana, se sintió de nuevo enamorado… Pero Jessica hizo lo mismo que su hermana, reírse de él y menospreciarle. Entonces, aquel hombre…

—¿Cómo se llamaba? —interrumpió Bob Boone.

—Paul… El apellido ni siquiera llegaron a saberlo. En realidad, ese tal Paul había llegado a aquel lugar acompañando a un circo, creo que era el que en la puerta de entrada recogía los billetes.

—Prosiga.

—Pues aquel hombre, como le decía, al verse tan cruelmente burlado por las dos, se sintió dominado por el odio, y juró que algún día la desgracia se cebaría en ellas… Él se encargaría de que así fuera… Pero aquel circo ardió pocas horas después y una de las víctimas fue precisamente aquel hombre. No saben si murió, pero lo cierto es que le vieron con el cuerpo totalmente quemado… Había tal destrozo en todo él, que mirarle resultaba horrible, espantoso. En fin, se lo llevaron urgentemente en una ambulancia. Así acabó

todo.

—¿Hace mucho de eso?

—Unos once años.

—Gracias, señora Tabel.

—A su disposición… —sonrió una vez más.

Pero había sonreído durante todo el relato, así que ya no vino de nuevo.

—A propósito, ¿puedo telefonear?

—No faltaría más. Ahí… —le indicó.

Se alegró de que se tratara de una cabina. Así podría hablar con más libertad. Marcó unos números, los que estaban anotados en la tarjeta que, antes de separarse le había entregado el doctor Wanddors.

Ya en comunicación con éste, le dijo:

—Me gustaría volver a entrevistarme contigo.

—Lo que digas, Bob.

—Me traerás la fotografía de tu ex enferma, la señorita Glenda Pattsson. También la de Rosemary, tu secretaria…

—Lo que digas, Bob —repitió.

Concretaron hora y lugar.

Eso fue todo por el momento.

Capítulo IV

La casa de las hermanas Panter se alzaba en las afueras. En un lugar aislado. Constaba de una amplia planta baja y de dos pisos, ambos con terrazas circundantes. La puerta principal se recortaba bajo un porche de líneas elegantes, refinadas, que daban la impresión de querer decir que allí se albergaba lo mejor de la localidad.

Cuando Bob Boone hizo sonar el picaporte, tardaron en abrirle. Por lo que dedujo, él siempre deducía una cosa u otra, que debían estar sin sirvienta.

Salió a abrirle una joven pelirroja, de unos veintisiete años, muy atractiva. Iba vestida rigurosamente de negro. Dio por descontado que estaba ante una de las dos hermanas, posiblemente Donna, la más joven.

En efecto, se trataba de ella.

Bob Boone le solicitó unos minutos.

—Lamento venir a molestarla, señora. No ignoro los amargos momentos por los que usted y su hermana están pasando, pero aun así, para intentar que los hechos se esclarezcan…

—¿Esclarezcan…? —repitió la palabra. Y al instante—. Pase usted, y dígame exactamente de qué se trata.

Ya en el interior de la bien amueblada y decorada casa, Bob Boone intentó hacerse agradable.

Donna Panter también lo intentó a juzgar por su empeño en ofrecerle una copa de algo.

—De lo que usted guste, señora. Gracias.

Después empezó la conversación.

—Han solicitado mi intervención en este caso, dado que soy detective privado, y aseguran que no de los peores. Lo que pongo en conocimiento de usted, señora, para que me responda con toda la sinceridad posible. Ello es de vital importancia para llegar a

aclararlo todo…

—Entonces, ¿no está aclarado ya? —preguntó Donna.

—A mi juicio, no. ¿Al suyo, sí, señora?

—Se escapan del manicomio —dijo Donna— y cada uno de ellos mata según lo que ha sido su vida anterior… Keyle había sido sepulturero y enterró en vida a mi pobre cuñado Charlton Mennedy, el marido de mi hermana Jessica. Sullivan había sido doctor, un prestigioso cirujano, y mató a mi propio marido practicándole una intervención quirúrgica… —Horrorizada, se ocultó el rostro entre las manos. Luego las separó, y siguió diciendo—: No creo que haya mucho más que entender…

—En principio, señora, ¿cómo se escapan del manicomio? —Y sentenció—. Yo se lo digo, de allí no se puede huir si no ayuda alguien… Y si alguien les ayuda, ¿para qué lo hace? ¿Cuál es exactamente su pretensión…?

—¿Que cunda la alarma y la muerte en Allen Rood? —preguntó—. En esta pequeña localidad, que hasta ahora había estado en calma…

—Una suposición poco sólida. Y no le digo «a mi modesto juicio», porque yo, con franqueza, de modesto tengo poco. Así pues, me inclino abiertamente por otra idea…

—¿Cuál?

—Que cunda la alarma y la muerte en esta casa. Porque todos esos dementes atacan en la misma dirección. Esto resulta indudable. Primero el marido de su hermana Jessica. Luego su propio marido.

—Pero si están locos, ha debido ser casual…

—Yo no suelo creer en cierta clase de casualidades. Por lo que le pregunto a usted. ¿Alguien les odia?

—No, no —dijo Donna, moviendo negativamente la cabeza—. Nadie nos odia. Aquí todos nos quieren y aprecian sinceramente. Nunca hemos hecho mal a nadie.

—¿Está segura de todo lo que acaba de decirme? —preguntó, convencido y consciente de que aquel punto no podían desatenderlo.

—Sí, claro —contestó ella.

—Pues yo tenía entendido —remachó el joven— que hará unos once años, tanto usted como su hermana se hicieron odiar por…

—¿Por Paul…? ¡Bah!, no haga caso de las habladurías —pero se

había puesto muy nerviosa. Luego agregó, corrigiéndose a sí misma —: Bueno, algo de eso hubo… Dese cuenta, por aquel entonces yo tenía dieciséis años, mi hermana dieciocho, y detrás nuestro iban todos los muchachos del lugar, incluidos los más ricos. Llegó el circo y nos pidió en matrimonio el que recogía los billetes… ¡Hágase cargo! Nos lo tomamos a broma. ¿Podíamos acaso tomárnoslo de otra manera? Yo creo que no.

—¿Era joven ese hombre?

—Tendría entonces unos treinta años.

—¿Cómo era físicamente?

—Normal.

—¿Moreno? ¿O rubio?

—Francamente, no me acuerdo.

—¿Alto?

—Regular.

—¿Fuerte?

—Más o menos.

—¿Con buena salud?

—Sí, sí… —Su nerviosismo había aumentado—. Pero supongo que ya sabe cómo acabó. Con gravísimas quemaduras en su cuerpo. Carbonizado, o poco menos.

—Moriría, en tal caso.

—No sé. Yo creo que sí.

Entonces se oyó tras ellos unos pasos quedos, silenciosos, y la voz de una mujer, que no era otra que Jessica Panter.

—Yo creo que no.

—Buenas tardes, señora. —Bob se había vuelto hacia la otra hermana, también pelirroja y asimismo rigurosamente vestida de negro, haciéndole una respetuosa inclinación de cabeza.

Indudablemente era Jessica la más hermosa de las dos, aunque se parecían enormemente. Sin embargo, Bob Boone no pudo menos de decirse a sí mismo: «Pero ninguna de las dos es tan guapa como la muchacha de la bata a rayas…».

—Yo creo que no murió —dijo Jessica—. En cuyo caso…

—En cuyo caso, ¿qué? —Bob Boone le animó a proseguir.

—Cualquier mal puede llegarnos de él en el momento menos esperado. El circo ardió por un descuido suyo, pero él tuvo ese descuido por nuestra culpa. Sí, la verdad es que nos reíamos de él…

Sí, sí —repitió—, cualquier mal puede llegarnos…

—¿Se refiere a algún mal en concreto? —Preguntó Bob—. ¿O quizá a lo que ya ha sucedido?

—De lo que ha sucedido —dijo Jessica— tienen la culpa dos perturbados mentales, ¿no es eso?

A su pregunta, el joven detective respondió con otra:

—¿Quién les ayuda a salir? De allí no se sale a placer… ¿Se han fijado alguna vez, en lo alto y recio que es el muro que circunda la edificación?

—No tendría sentido que alguien les ayudase. No lo tendría, en absoluto.

—Pero hay que aceptar esa posibilidad —dijo otra voz de mujer, desde el dintel de la puerta.

Se trataba de la madre de Jessica y Donna.

La señora Panter era ciega.

* * *

Al salir de aquella casa, empezaba a oscurecer. Por lo que Bob Boone optó por regresar a la fonda. Tomaría una buena ducha, cenaría con buen apetito y se acostaría, Al día siguiente, con la cabeza más clara y despejada, seguiría adelante con sus investigaciones.

En realidad, mientras no se entrevistara nuevamente con el doctor Wanddors, no podía hacer nada más. Hasta entonces, quiera que no, debía aceptar un compás de espera.

El doctor Wanddors le había citado a eso de las once de la mañana, en el parador de la carretera. El parador denominado La Perla. El mismo de la otra vez. Por lo visto allí nadie le conocía.

Sin embargo, aquel día que Bob Boone daba ya por concluido, aún no había acabado. Desgraciadamente.

La muerte se agazapaba siniestramente donde menos podía esperarlo nadie.

Y menos que nadie, aquellas ingenuas e inocentes criaturas, los cuatro hijos de Jessica. De nueve años el mayor, de siete el otro, de cinco el más rubio y guapo de todos, y de tres apenas el pequeño, que era todo un querubín.

Habían estado jugando junto al lago. Se habían divertido muchísimo. Pero al levantarse el viento, el mayor de aquellos niños,

guardián de los hermanos más pequeños, les dijo que había que regresar a casa.

—Si no nos portamos bien —añadió—, mamá no volverá a dejarnos salir.

Emprendieron el regreso.

No tenían ciertamente mucho camino que recorrer, pero habían de pasar por varios campos, en los que normalmente no había nadie.

Ese día, no obstante, se encontraron con alguien. Alguien que se hallaba junto a unos carros abarrotados de paja, seis en total, muy juntos unos de otros.

Los niños se dispusieron a pasar de largo, aunque no sin mirar, con cierta oculta tentación, aquellos montones de paja sobre los que tan a gusto hubieran podido jugar.

Se vieron detenidos por la voz de aquella persona.

—Los he perdido… —les dijo—. ¿Por qué no me ayudáis vosotros a encontrarlos?

—¿Qué ha perdido usted? —preguntó el mayor de los hermanos.

—Caramelos…

—¡Caramelos! —exclamó el pequeño, con entusiasmo.

Y otro tanto exclamó, y no con menos entusiasmo, el menos pequeño, y el otro.

—¿Dónde los ha perdido…? —volvió a preguntar el mayor.

—En el carro. En el que está situado en medio.

—Voy a ver… —se decidió el hermano mayor.

Con la ligereza propia de un niño de su edad, pasó entre las ruedas de los carros y llegó hasta el que se hallaba situado en el centro. Trepó hasta arriba.

—¡Aquí están! —Habría de gritar alegremente, pocos instantes después—. ¡Hay muchos caramelos! ¡Muchos…!

Los otros hermanos no necesitaron más para lanzarse a la búsqueda y captura de aquel dulce tesoro. Incluso el pequeño fue hacia allí, logrando, si bien con la ayuda de los otros, llegar hasta arriba del todo.

La voz de aquella persona les había gritado:

—¡La mitad de los que encontréis, serán para vosotros!

Los niños empezaron a buscar entre la paja. Sí, había allí muchos caramelos. A docenas, a cientos. Los encontraban por todas

partes.

Pero por todas partes, rodeándoles, surgieron de pronto unas terribles y devastadoras llamas. Tan rápido y veloz fue su incremento, que se comprendía claramente que aquella paja había sido previamente rociada con gasolina.

Empezaron a arder, empero, los cinco carros que formaban círculo, no el que se hallaba en el centro. Éste permanecía aún a salvo de aquellas llamas dantescas.

Pero las llamas sitiaban, acorralaban al carro situado en el centro. Lo acorralaban, lo sitiaban inexorablemente. Y el fuego crecía, crecía, extendiendo cada vez más sus lenguas mortales…

* * *

Dicen que las madres presienten cuando sus hijos están en peligro. Dicen que el corazón les da un vuelco en el pecho, como girándosele de arriba abajo, y entonces saben que algo malo les está ocurriendo.

En el caso concreto de Jessica, fue de esta manera. Se hallaban en su casa arreglando unas ropas, cuando de pronto tuvo la sensación, la viva y dolorosa sensación, de que sus hijos estaban en peligro. En gravísimo peligro.

—¡Dios mío! —gimió.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Donna, sorprendida de aquella incontenible y terrible angustia.

—¡Debo ir a buscarlos! —exclamó—. ¡Ahora mismo!

Y salió de la casa, y se lanzó corriendo hacia el lago. Sabía que debían estar por allí. Eso al menos le habían dicho.

Junto al lago vivía el viejo Tom. Un viejo que siempre vigilaba a sus hijos, no quería que pudiera sucederles algo malo. Él mismo lo había dicho así en incontables ocasiones.

Entonces, si siempre les vigilaba, no, no podía haberles sucedido ninguna desgracia. Seguro que su corazonada no había sido otra cosa que una falsa alarma.

Pero Jessica seguía corriendo…

De súbito apareció ante sus ojos un espectáculo espeluznante, demencial, aterrador. Un espectáculo que la hizo detenerse, paralizada por el más escalofriante de los terrores.

Veía una inmensa pira. Unas llamas terribles que crecían y

crecían. ¡Y en medio de ese infierno abrasador, en lo alto de un carro cargado hasta los topes de paja, sus cuatro hijos!

Lanzó un chillido horrible. Profirió un alarido horrendo.

Luego continuó corriendo…

Pero ella sabía que llegaba tarde para salvarlos, incluso para poder intentarlo.

El único, que tal vez, podía aún intentar algo, era el mayor de sus hijos. Saltando con todas sus fuerzas, quizá hubiera podido buscar un vacío entre las llamas y luego, de allí, escapar con suerte por algún otro lugar.

Muy problemático, pero factible.

Pero el pequeño se sintió un hombrecito, no viéndose capaz de abandonar a sus tres hermanos allí, sobre aquella paja a la que ya llegaban las llamas de los otros carros. En un gesto de conmovedora y patética heroicidad, les abrazó muy fuerte contra su pecho, con mucho miedo, eso sí, reflejado en sus inocentes pupilas, tanto o más del que pudieran sentir los otros hermanos.

Fue cosa apenas de unos segundos. Las llamas se multiplicaron por doquier, como en un baile macabro. El fuego se prendió a sus vestidos, a sus cabellos, y tras unos gritos por parte de los niños, gritos que el dolor y el espanto casi detenían en sus gargantas, se hizo el silencio. Sólo quedó como música de fondo el crepitar de las llamas.

En aquel momento llegaba allí la madre.

—¡No! ¡Nooo…! —gimió, desquiciada.

Era demasiado dolor el suyo, y cayó desplomada.

Las llamas continuaron ardiendo, y ardiendo. Cuando se apagaron, sólo quedaba un montón de cenizas.

Unas cenizas que las ráfagas de viento, una tras otra, como era proverbial en Allen Rood, terminaron por diseminar.

CAPÍTULO V

—Ha sido el pirómano, está claro… —dijo el doctor Wanddors, que parecía haber envejecido mucho en las últimas horas. Ahora nadie le echaría los treinta y nueve años más o menos que debía tener.

—Pobres criaturas —y el comentario de Bob Boone tuvo como finalidad, tal vez, no asentir, ni negar, las últimas palabras del doctor.

—Es más horrible cada vez… —mascculló entre dientes. Seguidamente había de añadir—: He recibido la visita de un inspector de policía. Se me exige que aumente y garantice las medidas de seguridad, para que en adelante ningún otro paciente pueda escapar. Pero ¿cómo voy a garantizar algo si ignoro los métodos de que se han valido hasta ahora?

—Te encuentras en un buen atolladero, de acuerdo. En fin, a ver si llegamos a aclararlo todo antes de que te hagan presentar la dimisión como director-jefe.

—¿Tienes ya alguna idea?

—Déjame ver las fotografías… Las que te pedí por teléfono. La de Glenda Pattsson, tu ex paciente sana, y la de tu secretaria, Rosemary, sobre todo la de ésta…

Sacó la cartera y de allí las fotografías solicitadas.

—Las he cogido del fichero —le comunicó.

Rosemary, la secretaria del doctor Wanddors, era una mujer de unos cincuenta años. No sabía por qué, pero Bob Boone se la había imaginado joven y con curvas muy acusadas. Tenía una mirada fría, muy profesional.

En cuanto a Glenda Pattsson, era la misma que se esperaba.

—Parece, por la cara que pones —dijo el doctor Wanddors— como si la conocieras.

—La vi ayer.

—Eso no puede ser —repuso—. Se escapó hará unos tres días, con el pirómano y el carnicero, ya te lo dije…

—Pues la vi ayer. Había estado hablando con el viejo Tom, el que vive en la cabaña situada junto al lago… ¿Has hablado tú alguna vez con el viejo Tom?

—No —el doctor movió la cabeza, en sentido negativo—. En realidad, no me trato con nadie. Cuando hago vida normal, no salgo de la clínica. Aquél es mi mundo, y mi vida. Para mí no hay nada más que aquello.

—Pues sí —ratificó Bob—, vi ayer a Glenda Pattsson. Lo lamentable es que desapareció de mis ojos cuando menos lo esperaba, de pronto, como por arte de magia.

—Otra cosa imposible. La gente no aparece ni desaparece así. ¿O nos estamos volviendo todos un poco locos?

—Yo no —puntualizó Bob.

—Mejor, de este modo sabrás dilucidar con más acierto. Bueno, ¿qué planes tienes…? Supongo que ahora ya te has formado una idea…

—Más de una —dijo el joven—, pero ninguna definitiva. A propósito, ¿qué me cuentas de Russ…?

No se esperaba la pregunta. Se quedó un poco desconcertado. ¿O fueron simples figuraciones suyas?

Sin embargo, si tal desconcierto existió, lo cierto es que en seguida recuperó el dominio sobre sí mismo. Ese demonio que parecía haber perdido por una milésima de segundo.

—¿De Russ…? ¿Te refieres a la viuda del benefactor que…?

—Sí, a ella precisamente me estoy refiriendo. Dime, ¿qué sabes en concreto de ella?

—¿Qué quieres que sepa…? —Y luego—: ¿En qué sentido me lo preguntas?

—Si la conoces, si la ves a menudo, deduzco que…

—Hace más de un año que no la veo.

—¿Estás seguro?

—Claro —aseguró.

—Bueno, dime de ella lo que sepas —y agregó—: En todos los sentidos… —Y recalcó esto último.

—En vida de su marido creo que se portó bien. Se casó cuando tenía unos veinte años. Por aquel entonces ejercía el oficio más

viejo del mundo… Su marido le llevaba veinte años y estaba muy enamorado de ella. Al morir, después de diez de matrimonio, le legó toda su fortuna. Le rogó que no vendiera la casa en la que habían vivido, que es una propiedad situada no muy lejos de aquí. Ella, hasta ahora al menos, ha respetado su deseo…

—Sigue.

—No hay nada más que decir —repuso el doctor Wanddors—. Esto es todo. Pareces decepcionado.

—Francamente, un poco.

—¿Qué esperabas que dijera?

—No sé —reconoció—, pero, por descontado, algo que no has dicho. No me tocará otro remedio que ir hoy mismo a hablar con ella. Me puede aclarar muchos pormenores, estoy seguro.

—¿Referente a qué? ¿A ese posible pasadizo secreto…?

—Supongo que hablaremos de todo un poco —observó Bob Boone.

No añadió nada más.

* * *

Se dirigió a casa de Russ preguntándose quién debía ser aquel hombre al que había visto inyectándose un calmante, o una droga, o lo que fuera.

Cuando detuvo el coche, mientras cerraba la llave de contacto, echó una ojeada a los alrededores de la casa. Reparó en el garaje, situado a un extremo de la propiedad. Allí había varios coches. Todos deportivos.

Luego de cerrar la portezuela, se acercó a la puerta de la casa y llamó.

Como la otra vez, le abrió el mayordomo, rigurosamente uniformado, de rostro anguloso, poco expresivo.

—Buenos días, señor —el saludo fue en esta ocasión mucho más cordial—. ¿Le sigue funcionando bien el coche, señor?

—Perfectamente, Walter —recordaba su nombre, y quiso dejarle satisfecho. No estaría de más que luego hablase con él—. ¿Está la señora?

—Sí, sí —asintió—, está esperándole.

—¿Esperándome…? No, no sabe que iba a venir. No le he telefoneado.

—Lo ha hecho el doctor Wanddors por usted.

—¡Ah!

—Pase, tenga la bondad. Está en la sala… Usted ya conoce la estancia… Pase, por favor…

Pero así que vio a Russ, comprendió que las cosas habían cambiado. De un modo radical.

¿Por qué…?

No tardaría en averiguarlo.

—Hola, Russ —saludó con naturalidad. Como si no se hubiera dado cuenta de aquel cambio de gesto, de actitud, de todo.

—Hola —sonó seca la respuesta.

—Le prometí que vendría. Aquí me tiene. Dese cuenta, soy un hombre de palabra —y sonriendo—: ¿Hoy no me ofrece un *whisky*, Russ?

—No haga más comedia, Bob —le cortó en seco—. Me han informado convenientemente y sé a lo que viene…

—¿A qué vengo…? —Preguntó el joven—. A lo mejor sabe más que yo. Ande, dígamelo.

—Viene a meterme en un lío.

—No comprendo…

—Y a mí los líos no me gustan nada. Ya lo sabe.

—Le aseguro que…

—¿No le he dicho que me han informado convenientemente? No se haga más el tonto, por favor. No tiene cara de serlo.

—Gracias.

—No hay de qué… —ironizó.

—Deduzco, Russ, que esa información a la que ha aludido, le ha venido de nuestro común amigo el doctor Wanddors, ¿no es eso?

—Sí —asintió—. Precisamente de él. ¿Le molesta que sea así?

—Con franqueza —reconoció—, hubiera preferido que mi visita no la cogiera tan preparada…

—Pues lo lamento por usted. Ya no puede evitarlo. En fin, si me promete acabar pronto, le ofrezco el *whisky*.

—Se lo acepto. Muy amable.

Ya con las copas en la mano, se sentaron en el diván, pero con una prudencial distancia entre ambos. Ya no era como en aquella otra ocasión.

—El otro día, cuando yo llegué a esta casa, usted, Russ, preguntó

a su mayordomo si era el doctor Wanddors el que acababa de llegar, ¿recuerda?

—Sí —respondió, lacónica.

—Eso me hace suponer, claro está, que usted le esperaba. Él debe venir por aquí a menudo y creyó que…

—El doctor Wanddors no viene nunca por aquí —afirmó Russ—. Venía alguna que otra vez, en vida de mi marido, pero desde que falleció no ha vuelto a poner los pies en esta casa.

—Entonces, ¿por qué parecía tan convencida de que era él…?

—Había soñado que vendría. Simplemente eso. Fácil de responder a su pregunta, ¿no cree?

—Sin embargo, es raro que no se vean nunca, ¿no le parece? Entre él y usted existe cierta amistad, esto resulta indudable después de… de esa llamada telefónica, efectuada con la clara intención de prevenirla contra mí. Una tontería por otra parte —sonrió—, yo no vengo para perjudicarla.

—Quizá lo haga, sin pretenderlo…

—¿Qué quiere decir, exactamente? No acierto a adivinarlo.

Russ se quedó silenciosa, con el entrecejo pronunciado. Estaba reflexionando sobre los posibles riesgos de hablar de más o de menos. Finalmente se decidió:

—Voy a confiar en usted, Bob. No sé, pero creo que me va a traer cuenta hacerlo.

—Así me gusta.

—Verá, Bob, yo quedé fichada por la policía hace años, me vi mezclada en un asunto bastante feo. Por aquel entonces yo me dedicaba a… a… bueno, si el doctor Wanddors es su amigo, seguro que ya se lo habrá dicho… Sí, yo me dedicaba a recorrer las calles buscando compañía… Hasta que conocí al hombre que había de ser mi marido y mi vida cambió radicalmente. Aquello, pues, quedó atrás, y para siempre. Hace ya diez años de eso. Sin embargo, si usted ahora lo remueve todo…

—No he de remover más que lo indispensable. Por lo demás, estoy convencido de que su vida privada no tiene nada que ver con lo que estoy buscando.

—Mejor así.

—Pero le quedaría muy agradecido si me ayudase a simplificar la situación.

—No sé cómo…

—Para empezar, dígame, Russ, ¿vive sola usted aquí? No sé —observó, echando una mirada circular—, pero me parece que esta casa es demasiado grande para una sola persona.

—Tengo tres sirvientes. Una doncella, una cocinera… A Walter, el mayordomo, ya le conoce usted.

—¿Y al margen de la servidumbre? —quiso saber.

—¡Ah, sí! —Era como si lo hubiera recordado de pronto—. Vive aquí, conmigo, mi sobrino Peter. ¿Quiere conocerle? Es un muchacho pálido, enfermizo, que no sirve para nada, a no ser para pedirme dinero. A sus veinte años aún no ha hecho nada de provecho. Suele estar fuera de esta casa más que dentro, de eso que a veces hasta me olvide de que existe.

—Sí, me gustaría conocerle —repuso Bob—. Pero antes, dígame, Russ, ¿sabe usted, por su esposo, si existía y si en consecuencia aún existe, algún pasadizo secreto en ese edificio que donó para obras de beneficencia…? Me refiero al edificio que, actualmente, es la clínica psiquiátrica del doctor Wanddors.

—No, no sé nada de eso. Nunca le oí decir nada semejante —y desde luego pareció enteramente sincera.

—Lo imaginaba —dijo Bob—. Y ahora sí, por favor, llame a su sobrino. Me gustará conocerle.

Russ se encaminó hacia la puerta.

—¡Peter, ven! —exclamó.

Apenas elevó la voz. Debía saber que no estaba muy lejos.

No, no debía estarlo, porque a los pocos segundos se adentraba en la estancia el susodicho joven. Mucho más pálido y con aspecto mucho más enfermizo de lo que Bob Boone pudiera esperarse.

—¿Deseas algo, tía?

—Presentarte a un amigo…

No estuvo muy cordial con la visita, se le veía muy receloso. Por lo menos en un principio. Luego fue cobrando ya más confianza y terminó incluso sonriendo.

—Creía que sería doctor… —reconoció—. ¿Sabe?, todo el mundo parece empeñado en que me cuide, en que no haga eso, ni lo otro… Quieren que viva como un santo… Y yo de eso, nada…

Cuando Bob Boone salió de la casa, se fue convencido de que Peter era un toxicómano.

Le había dicho a Russ, en plan de despedida:

—Espero no tener necesidad de venir nuevamente a molestarla.

—Adiós, Bob —se limitó a responder ella.

Pero Bob Boone se llevaba la idea de cruzar unas cuantas palabras con el mayordomo, así que, ya en la puerta, improvisó.

—¿Le molestaría echarme un vistazo a los frenos, Walter? Me parece que no terminan de funcionar debidamente. Ya que entiende usted de coches… Si no es demasiada molestia…

—En absoluto, señor.

Pero ya junto al coche, Walter supo en seguida que a los frenos no les sucedía nada. Para comprenderlo así le bastó sentir en sus manos el grato contacto de unos billetes.

—Necesito hacerle unas preguntas, Walter.

—Estoy a sus órdenes, señor —y aceptó los billetes, si bien disimuladamente, por si es que su señora les miraba a través de alguna de las ventanas de la casa.

—¿Hace mucho que no ha venido por aquí el doctor Wanddors?

—Sí, señor. Hace muchísimo.

—Pero su señora y él son amigos, ¿no?

—Lo fueron en tiempos en que vivía el señor. Pero desde su muerte, se limitan a telefonearse alguna que otra vez.

—¿Recibe su señora muchas visitas?

—No.

—Me refiero a visitas masculinas.

—No, en absoluto.

—¿Está seguro de lo que me dice?

—Totalmente, señor. Claro que…

—Dime, Walter.

—La señora sale todas las noches, en la ciudad tiene un apartamento. Coge cualquiera de sus coches deportivos, por los que siente gran predilección, y en poco tiempo está allí, le encanta la velocidad. Una vez en su apartamento, lleva su vida, sin muchas manías, eso no es ningún secreto.

—Y cuando vivía su esposo, ¿qué tal se portaba?

—Su esposo era muy celoso, no le hubiera perdonado una infidelidad. La hubiera matado, señor —y agregó—: Ella lo sabía, y se portaba irreprochablemente. Ahora se está desquitando…

Capítulo VI

Se estaba dirigiendo hacia la cabaña del viejo Tom. Antes de tomar una determinación más o menos terminante, más o menos drástica, le convenía volver a dialogar un poco con aquel hombre.

Dejó el coche detenido junto a la cuneta de la carretera y se encaminó hacia los linderos del lago, que era, exactamente, donde se hallaba situada la cabaña.

Bob Boone iba vestido con pantalón color hueso y jersey negro, de cuello alto. Era ésta una de sus indumentarias favoritas.

Encontró al viejo Tom ante la puerta de su vivienda, como la otra vez, sentado en su sillón de mimbre.

—¿Qué tal, amigo forastero…? —Le saludó con agrado—. Me alegro de volver a verle —pero sin esperar a que Bob pudiera decir algo—. Viene a preguntarme por los niños, por esos cuatro angelitos que han subido al cielo, ¿verdad?

—Sí, en efecto —asintió el joven—. Ellos estuvieron jugando en el lago, supongo que cerca de aquí.

—¡Oh, sí, aquí mismo! Yo no les quitaba la vista de encima. Ya se sabe lo que son los niños, en el momento menos esperado hacen de las suyas. El mayor era ya todo un hombrecito, muy formal, pero a pesar de eso yo no dejaba de vigilarles. ¡Qué desgracia más grande, señor! —Y se contrajo dolorosamente su arrugadísimo rostro.

—¿No vio usted a nadie merodeando por aquí cerca?

—No, no…

—Y cuando los niños se fueron, ¿tardó mucho en oírles gritar…?

—Vi las llamas, señor. Los gritos no los oí… Soy sordo, ya se lo dije. Eché a correr con todas mis fuerzas, que desgraciadamente ya son muy pocas, pero no llegué a tiempo… Tampoco llegó a tiempo la infeliz madre de esas criaturas. La encontré desmayada.

—Había pensado que quizá usted podría facilitarme una pista…

—Una pista, ¿de qué, señor? El autor de ese hecho, como el de los otros, fue un loco… En este caso concreto, el pirómano… ¿No lo sabe?, acaban de encontrarle, iba riéndose… Llevaba una antorcha encendida en la mano…

—No lo sabía —dijo Bob—. De todos modos, eso no altera nada. Queda todo lo mismo.

—¿Se refiere usted a quién les ayuda a escapar…?

—En principio, sí.

—¿Quién va a ser? Otro que tampoco está bien de la cabeza. Dejar sueltos a los locos, ya se sabe, sólo puede acarrear desgracias.

—Evidentemente, —agregó Bob.

Y poco después se alejaba de allí.

El coche le esperaba.

Como también le esperaba el doctor Wanddors. Ya se había encargado él de que, con carácter de urgencia, le concediera una nueva entrevista.

* * *

Antes de empezar a hablar, Bob Boone le miró con reconcentrada atención. No estaba dispuesto a decir una palabra de más, pero tampoco de menos.

Por lo que, al decidirse a romper el silencio que reinaba entre ellos, lo hizo diciendo:

—Búscate a otro detective. Este caso a mí ya no me interesa. Me voy ahora mismo.

—¿Qué dices…? —Se sofocó el doctor Wanddors—. ¿Qué me dejas solo en la estacada…? ¡Oh, no, tú no puedes hacerme esto, eres mi única esperanza! Compréndelo, sólo puedo confiar en ti.

—Si confiaras en mí, no estarías jugando con dos barajas. Eso no se hace conmigo. Por lo que veo, no lo sabes, tengo mal carácter y peores pulgas —y concretó—: Lo dicho, me largo ahora mismo. Que tengas suerte y te las arregles bien.

Al ver que se levantaba tan decidido, le sujetó por la manga de la americana.

—Por favor, Bob, tómatelo con calma… —suplicó. Y calmándose él a su vez—: ¿Qué es lo que me reprochas? Recrimíname lo que sea.

—Te recrimino —dijo Bob Boone, sentándose de nuevo— no haber sido enteramente sincero conmigo.

—Te refieres a Russ, ¿no es eso? Sí, tienes razón —se le veía apenado, compungido—. Comprendo que no debí telefonearle. Me metí en tu trabajo.

—¿Por qué lo hiciste? Y no vuelvas a enredarme, si no quieres que de verdad te plante…

—No te enredé en nada, Bob. Simplemente omití ciertos hechos.

—¿Cuáles…?

—Hace tiempo que estoy enamorado de Russ —confesó—. Por eso quise prevenirla, para que no se viera envuelta en ningún lío… Su pasado, en todos los sentidos, deja mucho que desear. Además, como ella no tiene nada que ver con lo que sucede en mi clínica… No creí que te enfadaras… De veras, ni se me ocurrió pensarlo…

—Bueno, olvidado. En fin, lo cierto es que no podía imaginar que tú…

—Sí, sí —afirmó—, estoy enamorado de ella. Pero no hay nada que hacer, no es mujer para mí. Por eso ni siquiera la he visto desde hace un año, desde que murió su marido… Hazte cargo, Bob, mi mundo es mi clínica, mis enfermos. Ella sólo piensa en divertirse.

—Me hago cargo perfectamente.

—Bueno, Bob, ahora que ya se te ha pasado el enfado, porque se te ha pasado ya, ¿no…? —El joven detective asintió y él dio un profundo suspiro de alivio—, dime, ¿qué solución ves…?

—Radical, sólo una —sentenció. Al poco había de añadir—: No puedo perder más tiempo interrogando a unos y a otros. Llegaría a dar con el culpable, estoy seguro. Pero tardaría más de lo debido… Sobre todo, si pienso en Glenda Pattsson. Urge, por tanto, la acción…

—Dime lo que vas a hacer.

—Con tu valiosísima ayuda…

—¿Con mi ayuda…? —No se hacía cargo de nada.

—Vas a mandar una ambulancia a donde yo te indique. Se tratará de recoger a un nuevo enfermo mental, peligrosísimo… Llegará a tu clínica con camisa de fuerza… ¿Adivina quién será?

—Ni idea —dijo el doctor Wanddors.

—Yo —aclaró Bob.

Capítulo VII

Cuando la ambulancia se detuvo en el patio interior de la clínica, Bob Boone se negó a salir de su interior, poniéndose a proferir gritos en todos los tonos.

Los enfermeros, por exigencias de su trabajo poco dados a contemplaciones, le hicieron obedecer a la fuerza, a empellones, de cualquier manera.

No tardó en verse, pues, en el interior del edificio, donde su primera visión fue la enfermera Rosemary, secretaria del doctor Wanddors, cuyas órdenes, por lo visto, eran obedecidas rigurosamente.

—Metedle en una celda individual. No le quitéis la camisa de fuerza. Mientras no se calme, no es aconsejable otra cosa.

Le llevaron a través de un pasillo muy largo, estucado de blanco, y luego le encerraron en un recinto reducidísimo, donde poco a poco fue recobrando la calma. Siguiendo así las instrucciones recibidas del propio doctor Wanddors.

Éste decía en aquellos instantes a la enfermera Rosemary:

—Aquí tiene los datos recibidos del nuevo paciente. Rellene la correspondiente ficha, por favor.

—Sí, doctor —echó una ojeada a los escritos y musitó—: Ha matado a cuatro mujeres… Todas ellas pelirrojas… Las odia de un modo obsesivo, alucinante… —Y comentó, pero sin casi matiz en la voz—: Vaya tipo de cuidado…

De esta manera empezó la aventura de Bob Boone en aquella clínica psiquiátrica. Donde, en honor a la verdad, no pudo sentirse nada a gusto. Allí todo resultaba inquietante, sobrecogedor. La auténtica locura de aquellos seres que le rodeaban era un mundo infernal, pavoroso, difícil de soportar. Mucho más difícil de lo que pudiera parecer. Había que tener los nervios de acero.

Pero todo cambió para Bob Boone, cuando, tras fingir que le hacía un examen inicial, el doctor Wanddors, en su propio despacho, colocó una pistola automática en sus manos.

—Aquí tienes.

—Ahora respiro más a gusto —reconoció.

—Como ya has pasado la revisión corporal, y como, por lo demás, de ahora en adelante vas a mostrarte moderadamente tranquilo, no has de temer que te la encuentren… Pero de suceder así, te la reemplazaría en el acto.

—De acuerdo.

—Pero, dime, Bob, ¿por qué te has empeñado que en tu ficha ponga que has matado a cuatro mujeres, y todas ellas pelirrojas…?

—De esa familia que parece llevar trazas de quedar diezmada, sólo queda una niña, una pobre mujer ciega y dos mujeres jóvenes… Las dos pelirrojas, ¿no te das cuenta? Si ha de ser un loco de aquí quien las mate, ¿quién mejor que yo, que ya tengo práctica, que llevo ya eliminadas cuatro?

—Supones que hay una persona que les hace huir, les habla, les sugestiona, les mete la idea que él quiere en la cabeza, ¿es eso?

—No exactamente. Sin embargo, ahora no puedo explicártelo, Rosemary puede aparecer de un momento a otro.

—Sí, claro —aceptó—. Hemos de ser precavidos.

—No te sinceres con nadie. Esto va entre tú y yo. Nadie debe sospechar de mí. —De acuerdo, Bob.

Durante las primeras horas no consiguió averiguar nada. Tuvo que limitarse a ir viendo el edificio por dentro y a calibrar, mejor o peor, dónde podía estar el «Sésamo, ábrete». Porque evidentemente estaba por alguna parte, A este respecto no tenía dudas.

Si la guapísima Glenda Pattsson y su desagradable acompañante desaparecieron de sus ojos, de pronto, como por arte de magia, ¿qué cabía suponer…? Sensatamente, sólo una cosa.

¿Que la tierra se había abierto y les había tragado? Pues sí…

Pero no a causa de ningún fenómeno sísmico. Simplemente, debido a que… uno de aquellos pedruscos que había por los alrededores del manicomio, en medio de aquel terreno seco, árido, se había movido oportunamente, facilitándoles la huida de forma rápida y sorprendente. Por lo menos facilitándosela al hombre con cara de bestia, que debía haberle exigido a la muchacha que le

siguiera.

Ahora bien, si allí existía una abertura, era porque de allí debía irse a otra parte. ¿Adónde…?

Sabiendo que últimamente había cosecha de locos evadidos, resultaba fácil deducir que el acceso aquél daba paso al interior del propio edificio. Aunque en aquel caso concreto, sólo debió servir para huir momentáneamente de él, para que, al levantarse del suelo dispuesto a defender a la muchacha, se encontrara con que todo había sido un espejismo.

Pero él no creía en muchas cosas, y entre ellas en espejismos, y por eso estaba allí, haciéndose pasar por un loco más, esperando que alguien fuera a su encuentro…

Seguro que iría.

¿No había matado a cuatro mujeres pelirrojas?

¿Y no eran pelirrojas Jessica y Donna Panter?

No podía fallar la carambola.

Pero antes de llegar a eso, Bob Boone tendría tiempo sobrado para darle vueltas y más vueltas a aquel jeroglífico, del que creía tener ya todas las piezas, menos, claro está, la última… Y esa última era la que necesitaba encontrar sin demora.

Se veía dominado por la impaciencia, sí, ésta es la verdad. Sabía que por medio estaba aquella preciosidad de muchacha llamada Glenda Pattsson, quien le había pedido ayuda con la voz trémula, mientras sus ojos azules brillaban de temor, de miedo… ¡Si la carambola no le salía pronto, iba a estallar!

Sucedió cuando menos lo esperaba.

Los pacientes se dirigían a los cuartos de aseo, y él también, como uno más, pero sin pensarlo se quedo un tanto rezagado.

Los pacientes que iban a la cabeza de la fila, de súbito, empezaron a alborotar, a estirarse de los pelos, y los enfermeros que vigilaban el buen orden de la larga fila, se vieron obligados a desatender sus correspondientes sitios para reunirse en el lugar del motín y sofocarlo lo más rápidamente posible.

Pero ya para entonces, Bob había oído una voz tras él:

—¿Quieres escapar…?

Se volvió, rápido.

Vio a un sujeto muy semejante a aquel que conociera en compañía de Glenda Pattsson. Alto, con los ojos saltones, con

enorme y descomunales bíceps, con la cabeza rapada a cero. Pero desde luego no era el mismo.

—Sí, sí… —musitó Bob, pero haciendo un gesto torpe, idiota, como correspondía al caso.

—Pues ven, corre… —dijo el sujeto—. Yo te enseñaré una salida. Huiremos.

Bob Boone le siguió a cien por hora.

Al extremo de un pasillo, donde se abría una puerta dando paso a una especie de terraza enrejada, había un banco de piedra, un bloque rectangular que llegaba hasta el mismo suelo.

Pero el bloque había sido apartado de su sitio y aparecía claramente la salida. O la entrada. Según se mirara. Según se tratara de conseguir una cosa u otra.

—Por aquí… —insistió el hombre.

Bob Boone no se lo hizo repetir, y pasó decididamente por la abertura, adentrándose en el pasadizo aquel.

Donde apenas había luz. Donde dejó de haberla, en absoluto, cuando el banco de piedra fue colocado nuevamente en su correspondiente lugar.

Justamente entonces, Bob Boone sintió que le colocaban algo en las narices. Algo blando que despedía un olor muy fuerte.

Quiso evadirse de aquel contacto, pero ya era tarde, le estaban dando vueltas las tinieblas del pasadizo.

«Cloroformo…», se dijo.

Fue su último pensamiento.

Cuando notó que volvía en sí, lo primero que captó fue el toque frío del suelo sobre el que le habían dejado tirado. Estaba de bruces, con la cara pegada a las baldosas.

Antes de hacer el menor movimiento, abrió bien los ojos. Pero sólo pudo ver que estaba en una vieja bodega. No parecía que hubiera nadie.

Entonces se incorporó un tanto, coincidiendo sus movimientos con un quejido a pocos pasos de donde él se hallaba.

Miró hacia allí.

¡Y allí estaba Glenda Pattsson!

En una esquina, hecha un ovillo, con una angustia terrible reflejada en su semblante. Temblaba tanto, que parecía puro azogue.

Él inició un acercamiento, pero se detuvo al ver el terror que sentía la muchacha. Un terror tan grande, que no le cabía dentro, y que desquiciaba lamentablemente su mirada.

—Si soy su amigo… —dijo él.

—Está loco, loco… —murmuró Glenda Pattsson— como el otro, como el que decía que quería quemarme viva… O como aquel otro, que aseguraba que tenía que partirme en muchos trozos…

—Yo no estoy loco —repuso Bob—. Yo soy aquel amigo, al que usted pidió ayuda… ¿Ya no se acuerda de mí?

Ella le miró. A al poco su mirada dejó de ser desquiciada, para suavizarse, para hacerse humana.

—Sí, es cierto —murmuró—. Es usted. No le había reconocido. ¡Estoy tan asustada!

—Pues soy yo.

—Pero a usted le han sacado del manicomio… ¿Cómo se explica eso?

—Usted se hizo pasar por loca, para demostrar a los suyos que era una gran actriz, ¿no es eso? Me lo ha contado el propio doctor Wanddors. Pues yo me hago pasar por loco, para averiguar algo que me interesa sobremanera y además para salvarla a usted.

—¡Oh, gracias!

—Temía no encontrarla sana y salva. Doy gracias a Dios por haber llegado a tiempo. Ahora ya no debe temer nada. Ahora estoy yo aquí para defenderla.

—Hay tres hombres en esta casa. Son hermanos… Ya conoció a uno, ¿recuerda?

—Sí. ¿Qué sucedió aquel día?

—Conseguí huir de esta casa y eché a correr a campo traviesa. Pero cuando le pedía ayuda a usted, vi que le habían alcanzado. El hombre le pegó, tirándole al suelo. Antes de que se levantara, me hizo huir por la abertura que dejaba expedita un gran pedrusco, que luego se apresuró a taponar. Pude negarme, gritar, pero pensé que si lo hacía ese hombre le mataría a usted, y no quise perjudicarle.

—Hizo mal. No me hubiera matado. En todo caso le hubiera matado yo.

Se acercó a la muchacha, que ya no tuvo miedo de su proximidad, todo lo contrario. La prueba, que instintivamente se echó en sus brazos, buscando el amparo que tanto necesitaba.

—No tiemble más —rogó él—. Por favor, tenga confianza en mí.

—Sí, sí —esbozó una linda sonrisa.

—Así me gusta —y yendo ya directo a lo que más importaba—: Bueno, ahora dígame todo lo que sepa.

—No sé mucho.

—Hace días que está con ellos. Algo tiene que haber oído.

—Sí, eso sí. A veces les oigo hablar a través de la puerta. La tienen cerrada con un grueso cerrojo. Grueso y grande, a juzgar por lo que chirría cada vez que lo mueven.

—¿Qué les ha oído decir…?

—Son tres hombres, ya se lo he dicho. Son hermanos, trabajaban en un circo… Levantaban pesos, de muchos cientos de kilos… Pero con los años las fuerzas les flaquearon y ya no impresionaban al público, por lo que terminaron quedándose sin trabajo. Fue entonces cuando un ex compañero les ofreció…

—¿Un ex compañero? —Hizo hincapié en el detalle revelador.

Ya no podían caberle dudas. Se trataba de Paul… El hombre que, años atrás, pidió en matrimonio a Donna Panter, y después a Jessica. El que poco después sufrió terribles quemaduras.

—Sí, eso, un ex compañero —dijo Glenda Pattsson.

—Siga.

—Les ofreció trabajar para él. Uno de tales trabajos fue, por lo visto, sacarme a mí del manicomio. Lo hizo el mayor de ellos… Me dio un golpe y cargó conmigo como quien carga con una pluma. Volví en mí, aquí, en esta bodega, lo mismo que le ha pasado a usted. Sólo que a usted le han dado cloroformo.

—¿Qué más?

—La última en actuar seré yo —repuso la muchacha—. Pero no sé a qué clase de actuación se refieren… No, no creo que se trate de salir a ningún escenario —ironizó—. Debe tratarse de algo horrible. No cabe suponer otra cosa. Al primer loco que sacaron del manicomio, le hicieron enterrar en vida a un tal Charlton Mennedy. Al segundo loco, le hicieron que arrancara el corazón, a lo vivo, a un joven llamado Richard Dalen. El tercer loco, un pirómano, se encargó de quemar a cuatro inocentes criaturas… El cuarto, que hasta hace poco ha estado aquí, a mi lado, no sé qué le tocará hacer… Después…, después —agregó— le tocará el turno a usted…

—Sí, a mí —dijo Bob Boone—. Para eso me han traído aquí.

—Pero usted no está loco.

—Sin embargo, ellos lo creen, y en esto estriba mi ventaja. No lo dude, mientras den por descontado que soy un perturbado mental, todo estará a mi favor. Otro tanto le conviene a usted, señorita Pattsson, que la crean loca de remate. No, no le conviene demostrarles que está cuerda, sería un gran error.

—Haré lo que usted me diga.

—En todo momento le aconsejaré lo mejor. Tenga la seguridad de ello.

Tras un silencio, fue Bob Boone quien volvió a hablar, a preguntar. Pensó que la muchacha, quizá, había olvidado un pormenor, por considerarlo superfluo.

—¿No ha visto alguna vez por aquí a un hombre con la cara llena de cicatrices?

—No, no —repuso ella—. Sólo he visto a esos tres hombres. Uno de ellos, van por turnos, aparece por aquí de vez en cuando y me deja un plato con comida y una jarra con agua. Luego se va. Pero…, pero…

—¡Dígame!

Fue una viva exclamación la suya. Comprendió que iba a decir algo importante.

—He oído hablar a otra persona. Una voz de hombre… Viene cada noche, aunque a hora indeterminada.

—¿No le llaman por su nombre?

—No. Le llaman jefe.

—Pues es a ese hombre al que tengo que atrapar —barbotó Bob Boone, crispando los puños—. Al jefe de este siniestro tinglado… Porque aquí, señorita Pattsson —quiso que lo supiera, ya que estaba metida con él en el mismo fregado—, no matan los locos… No, no son ellos los que matan. Estoy seguro de ello. Hay un asesino monstruoso encubriéndose tras la demencia de ésos a quienes hace huir del manicomio… Hay un diabólico asesino, quien, de forma obsesiva, alucinante, terrorífica, busca la extirpación total de una familia… Hay un asesino al que yo, ¡lo sé!, conozco… Pero no —se corrigió a sí mismo— yo no conozco a nadie que haya sufrido gravísimas quemaduras en su cuerpo… A nadie que acabara carbonizado, o poco menos…

Al llegar a este punto, se detuvo en seco. Se había dado cuenta

de que había repetido, exactamente, lo que días atrás le dijera Donna Panter. Esto es, que aquel hombre llamado Paul sufrió en el incendio horribles quemaduras en su cuerpo…

Así pues, cabía pensar que no sufrió quemaduras en la cara. En tal caso, vestido, no debían vérsele.

¡Ya estaba! Su sensación no le engañaba, era real, auténtica. ¡Conocía al asesino! ¡Le había tenido a su lado, frente a sí…!

¡Por todos los demonios del averno!, ¿quién podía ser…? ¿Quién?

CAPÍTULO VIII

Dejaron de hablar al oír que chirriaba el cerrojo.

Bob, por su parte, se separó de la muchacha y se tumbó en el suelo, con la cara pegada a las baldosas, en la misma postura en que volviera en sí, y también, claro, en el mismo lugar, Pero por si aparecía el bestia que le había visto fuera del manicomio y le reconocía, y los hechos se precipitaban, tanteó la pistola.

No obstante, entró el mismo bestia que fue a buscarle al manicomio, el que luego le hizo respirar cloroformo. El que, indudablemente, debió cargar con él a través del pasadizo y luego, ya fuera de éste, hasta la casa aquélla.

—Aquí os traigo comida, monada… —se rió el hombre—. Qué, ¿todavía sigue dormido ése…? He debido ponerle demasiado líquido en el algodón… Bueno, ya despertará… No hay prisa… De momento no tiene que vérselas con ninguna pelirroja.

Dejó en el suelo dos platos y una jarra de agua.

Luego volvió lentamente hacia la puerta, que había dejado entreabierta, y desapareció por allí. Al poco se oía de nuevo el chirrido del cerrojo.

—¿Ha oído lo que ha dicho? —Glenda volvía a temblar—. Usted tendrá que vérselas con pelirrojas. Antes o después, será el día señalado para que…

—… Para que un nuevo loco —concluyó Bob Boone—, yo en este caso concreto, cargue con el crimen, o los crímenes, que cometa nuevamente ese desquiciado… ¡Pero se equivocan si creen que todo va a salirles redondo, como en los otros casos! ¡Esta vez estoy yo de por medio!

—¿Qué es lo que pretende, Bob? Alguna idea debe llevar en la cabeza. Sabe de sobra que estamos corriendo un terrible peligro.

—Las ideas no me faltan —contestó el joven—. De todos modos,

en casos como éste hay que basarse en la improvisación, hay que confiar en la rapidez de los reflejos. Sobre la marcha hay que saber calibrar lo que es mejor.

—¿Los tiene usted rápidos? —pregunto ella, con la respiración contenida—. Me refiero a los reflejos. Si de eso depende todo…

—Los tengo veloces —sonrió Bob—. Tanto como saben serlo mis puños, cuando interesa. No se apure por eso.

—Me tranquiliza… en lo que cabe.

—Qué, ¿cómo cocinan esos bestias? —Intentó bromear—. ¿Vale la pena probar esto?

—No, qué va. Sabe a demonios.

—A lo que son ellos.

No sucedió nada de especial hasta un buen rato después. Serían entonces las ocho y media, o nueve menos cuarto. Se oyó aquella voz…

—Es el jefe —informó Glenda.

—Voy a acercarme a la puerta —repuso Bob—. A ver qué cazo. Tengo el oído fino.

Uniendo la acción a la palabra, llegó hasta la puerta de chirriante cerrojo y pegó el oído al agujero de la cerradura. Y se quedó quieto, expectante, con los sentidos tensos.

La conversación, de momento al menos, le llegaba con bastante nitidez.

Mejor de lo que esperaba.

—La muchacha cargará con las culpas de lo que le pase a la niña. Pero esto será el final, es ya lo de menos… Lo que ahora debe preocuparnos más son las dos pelirrojas… Jessica poco trabajo nos dará, está como idiotizada desde la muerte de sus cuatro hijos… Pero Donna parece desconfiar de todos, por lo que debe estar muy en guardia…

Dicho esto, se alejó de la puerta de chirriante cerrojo. Bastantes pasos.

Bob Boone se quedó sin poder oír ya nada.

Pero aquel hombre siguió hablando.

—De todos modos, hoy le toca el turno a la madre, a la ciega… Supongo que tendréis bien vigilado al carnicero ese…

—Sí, jefe. Pero le hemos separado de la muchacha. Parecía tener deseos de hacerla trizas.

—Bien hecho, hay que evitar en lo posible toda clase de complicaciones.

Volvió a acercarse a la puerta de chirriante cerrojo. Quedó detenido allí mismo.

—¿Y qué hace el loco éste…?

Bob Boone volvía a oír su voz.

¡Y aquella voz la había oído antes! ¡Por descontado que sí! ¡Pero no terminaba de reconocerla!

—Le puse demasiado cloroformo, jefe. Aún está en la misma postura que le dejé.

—Mejor, de este modo os dejará tranquilos. Y la muchacha, ¿no grita, no dice nada?

—Es una loca estúpida.

—Bueno, eso tampoco nos perjudica.

—A propósito, jefe, ¿qué ha decidido de Rosemary, la enfermera? ¿Interesa eliminarla?

—No, no hace falta —sentenció el jefe—. Bien mirado —no es más que una charlatana. A nosotros, desde luego, nos ha ido bien que lo sea… Acude a la cafetería cada dos por tres, el dueño le pregunta por su trabajo y ella se suelta de la lengua que da gusto… Siempre habla de los últimos clientes recibidos y de sus características… Sólo hace falta estar por allí cerca, para enterarse de todo… No, no hace falta eliminarla. No creo que llegue nunca a sospechar que sus propias informaciones nos han hecho trabajar sobre seguro…

¡Esa voz! ¡Por Satanás, que la tenía oída y bien oída! ¿Dónde, cuándo y en qué circunstancias la había percibido ya?

—Si hemos trabajado sobre seguro —habló de nuevo uno de aquellos tres bestias— ha sido gracias al pasadizo. Fue una buena idea, jefe. Una excelente idea.

—Que costó llevarla a cabo… y no sólo eso, sino que hizo falta esperar la ocasión de rematarla. Afortunadamente, cuando se efectuaron aquellas obras en el manicomio, pude comprar los servicios de dos de los trabajadores. Ellos se encargaron de iniciar la abertura, a través del banco de piedra. Eso por lo que respecta a la zona correspondiente a los hombres. Algo igualmente útil hicieron en la parte de las mujeres. Después ya sólo hizo falta que nuestro pasadizo conectara en el inicio de los otros. Pero fue costoso, no

sabíamos exactamente la dirección a tomar. Además, habíamos de trabajar muy despacio para no hacer ruido y no levantar sospechas.

—Pero todo se hizo —contestó uno de los secuaces— y se llevó a cabo sin fallos de ninguna clase.

—Me habéis secundado perfectamente. Así que todo haya concluido, os haré ricos. Os tocará un buen bocado, a unas diez mil libras cada uno. No tendréis que trabajar en el resto de la vida.

—Esperábamos más…

—Bastante más…

—Nos había prometido veinte mil como mínimo, ¿no es eso?

Se habían quejado abiertamente.

—Con diez mil estaréis bien pagados —respondió, tajantemente, a los tres—. Aquí el que arriesga más soy yo. Porque yo soy el que mato, ¿no?

Se había irritado la voz que Bob Boone conocía. Por lo visto no le gustaba nada que nadie se atreviera a ponerle trabas, ni peros.

—Bueno, jefe —cedió uno.

—Nos conformamos, jefe —se resignó el otro.

—Oiga, jefe —dijo el tercero— yo tengo una buena idea. Tan buena que quizá, si se la digo, nos pague más al final de todo.

—Suéltala… —Y añadió—: Me extrañaría que de tu cabezota saliera una idea brillante, pero no me gusta menospreciar a nadie por sistema. Anda, suéltala ya.

—¿Por qué ha de matar usted otra vez, jefe? ¿Por qué ha de arriesgarse estúpidamente…?

—No te entiendo. Sabes que quiero vengarme, hasta sentirme enteramente saciado…

—Ese loco ha matado ya a cuatro pelirrojas, ¿no es eso, jefe? Se ve que, por el motivo que sea, siente una terrible aversión hacia las mujeres que tienen ese color de cabello. Sí, las aborrece, las odia. Así que tiene una delante, se desata dentro de él un terrible y asesino furor… Pues con llevarle ante Jessica y Donna Panter… Haría el trabajo para usted.

Como respuesta a lo expuesto, cundió un silencio bastante largo. Lo suficientemente largo para que Bob Boone comprendiera que el jefe estaba considerando lo oído.

—Piense, jefe —siguió diciendo— que si el loco ése las matara, dejaría huellas digitales por todas partes y que eso le favorecería

mucho a usted, y a nosotros… La policía dejaría de sospechar, si es que en algún momento ha llegado a sospechar algo…

—¡Qué estupidez! —Barbotó el jefe—. La policía no tiene ni idea de la verdad. Es lo bueno de este plan mío, que tiene una coartada perfecta. Son los locos los que matan. No hay otro asesino.

—Pero por si acaso… Piense, jefe, que en las anteriores muertes nunca habrán dado con huellas de ninguna clase… Bien se encargó usted de borrarlas… Quizá eso, a la larga, podría hacerles oler a chamusquina…

—Sí, claro —admitió finalmente el jefe. Quien no tardó en reconocer—. Has estado acertado pensando en todo esto. Te felicito.

—¿Verdad que sí? —Se esponjó—. Sí, claro, las huellas auténticas del loco, rubricarían a la perfección todo este asunto.

—Sí, sí —volvió a asentir el jefe.

De nuevo un silencio. Éste aún más prolongado que el anterior. Bastante más.

Luego:

—Mañana decidiremos… —El jefe, por lo visto, quería madurar la idea—. De todos modos, entretanto tú tanteas el camino a seguir… Hazle unas cuantas preguntas, habla con él… A ver qué clase de loco es… Depende de su modo de reaccionar…

—Comprendo, jefe. Haré lo que me dice. Mañana le informaré. ¿Vendrá más o menos a esta hora?

—Sí, en cuanto pueda. Y entonces optaremos por una cosa u otra. Habrá llegado el momento de actuar.

Volvió a alejarse de la puerta. Bob Boone ya no volvería aquella noche a oír su voz.

* * *

El jefe no tardó en irse.

A Bob Boone no pudieron caberle dudas al respecto, porque en seguida oyó hablar a los tres hermanos en unos términos distintos.

—Me cuesta aguantarle —dijo uno de ellos—. ¡Tenemos que tratarle de usted y llamarle jefe…! ¿Qué se habrá figurado? ¡Más le valiera recordar que era el que recogía los billetes a la entrada del circo, sólo eso!

—Déjale estar —repuso el otro—. Que todo acabe bien y que nosotros cobremos el dinero ofrecido. Lo demás debe tenernos sin

cuidado.

—Opino lo mismo —asintió el tercero—. Si los humos se le han subido a la cabeza, para él va… A mí eso me deja frío.

—Oye, ¿cuándo irás a hablar con el nuevo loco?

—Luego de cenar.

—¿Quieres que te acompañemos?

—No, podría resultar contraproducente. Sin embargo, dejaré la puerta entreabierta. Si se pone tonto y me presenta cara, o se mete conmigo, entonces venís a ayudarme. De un loco nunca puede uno fiarse. Pero procuraré no excitarle y que todo vaya bien.

Bob Boone separó el oído del agujero de la cerradura. Había oído ya suficiente. Más, ¿para qué…?

Regresó junto a la muchacha.

—Qué, ¿ha averiguado algo? —preguntó ella.

—Más o menos. Pero… no termino de averiguar a quién corresponde la voz del jefe. A alguien, evidentemente, que yo he tratado… Sí, de esto no me cabe la menor duda —y agregó—: Lo malo es, que si yo le conozco a él, él a su vez me conoce a mí… Una inestimable ventaja y a la vez una peligrosísima desventaja. Un escalofriante doble filo.

—¿Se refiere a que, si le ve, sabrá que no está loco?

—Exactamente.

—Comprenderá que está haciendo comedia, claro…

—Pero de momento no debo temer nada de él. Ahora el que me preocupa es el que va a venir…

—¿Quién va a venir?

—Uno de los tres. Por la voz, creo que el que ha venido antes a traernos esta deliciosa comida. Espero hacerlo bien.

—¿Qué es lo que espera hacer bien?

—El loco.

—¡Ah!

—Pero antes de eso… —Bob se acercó a la muchacha— tengo que decirle una cosa. Es muy importante.

—¿De qué se trata? —En aquellos instantes tensos de emoción, podía esperarse cualquier cosa.

Menos lo que iba a oír.

—Es usted guapísima, señorita Pattsson. Verla y enamorarme de usted, todo ha sido uno. Por eso, si salimos de ésta con vida, que

saldremos, despídase de sus sueños de ser actriz. Yo no voy a permitirle que vaya luciendo su palmito por los escenarios. Me conozco, seré un marido muy celoso.

—¿Un qué? —Parpadeó ella.

—Marido. He dicho marido.

Aumentó aún más el asombro de la muchacha, cuando se sintió besada por Bob Boone. Un beso que, por unos instantes, le hizo olvidarse de todo. Absolutamente de todo. ¡Ya es decir…!

—Pero, bueno —dijo, al volver a la amarga e inquietante realidad— ¿es que no se le ocurre nada mejor que hacer…?

—No, nada —sonrió.

—¡Pero si estamos a dos pasos de la muerte, y decir esto quizá sea aún pecar de optimista! ¿Aún tiene humor de…?

—Tranquila, señorita Pattsson. Yo me encargo de que todo vaya bien.

—Es usted un poco pedante, ¿no?

—Eso dicen.

—Debe ser cierto, si más de uno coincide en lo mismo.

—Pero tengo mis cosas buenas…

—¿Como por ejemplo?

—No me dejo vencer. Nunca. Ni por casualidad. Es mi lema. Lo aprendí de niño, ¿sabe?

—Que me lo demuestre…

* * *

La señora Panter acababa de salir de la casa de una amiga, que desde hacía tiempo estaba muy enferma y que últimamente había recaído en su dolencia. No le había tocado otro remedio que ir a verla.

Al llegar a la calle, hasta donde le acompañó la joven sirviente de dicha amiga, se extrañó de que su hija Donna no estuviera ya esperándola. Habían quedado que iría a buscarla aproximadamente a aquella hora.

—No está su hija…

—Bueno, esperaré —dijo la señora Panter—. Sin duda vendrá de un momento a otro. Puedes irte con toda tranquilidad, aquí en la acera no puede pasarme nada.

—Me sabe mal, pero tengo que hacer la cena. Si de veras no le

importa…

—Claro que no.

Se quedó sola. Sí bien por escasos segundos. En seguida un coche se detuvo a su lado.

—¿Eres tú, Donna? —preguntó.

—No, señora —respondió una voz de hombre—. Soy el dueño del nuevo supermercado. A donde ahora van a comprar sus hijas. Acaba de venir su hija menor, se llama Donna, ¿no es cierto? Tenía que venir a buscarla a usted, pero se ha sentido algo indispuesta y me ha rogado que viniera yo en su lugar. Para mí no es ninguna molestia, se lo aseguro, tenía el coche ya preparado.

Y así, de este modo tan sencillo, tan trivial, la señora Panter subió a aquel coche, sentándose junto a aquel hombre amable, muy amable, que supo desde el primer momento tratarla con gran respeto y deferencia. Pero el recorrido se alargó más de lo que la buena señora esperaba, así que no pudo menos de sentirse un poco desconcertada.

—¿No llegamos…? —preguntó.

—Aún falta un poco, señora.

—No sé, me parecía como si ya tuviéramos que estar…

—No, todavía no.

El trayecto seguía. Por lo demás, el coche empezaba a dar botes de vez en cuando, lo que demostraba que se habían adentrado en un camino poco liso. No, aquéllas ya no eran las calles de Allen Rood.

La señora Panter sintió que un escalofrío le subía por la columna vertebral. Y nunca como entonces lamentó estar ciega…

Acababa de comprender, en medio de un miedo horrible, atroz, que se hallaba en poder de aquel hombre. Un hombre que, mucho se lo estaba temiendo, no era el dueño del nuevo supermercado. Ni por asomo.

—¿Aún falta…? —se atrevió a preguntar.

—Según para qué, señora —y esta vez el hombre se rió—. Para morir como una res en el matadero, no, no le falta a usted mucho… De eso me encargo yo, que he sido siempre un magnífico carnicero…

La señora Panter se puso a gritar.

El hombre no le hizo mucho caso y siguió conduciendo. Pero ya

poco más. Se hallaban en el lugar idóneo.

Al poco, el hombre salía del coche, daba la vuelta al mismo y abría la otra portezuela, y obligaba a salir a la indefensa y aterrorizada mujer.

—Déjeme… déjeme… —jadeó.

Una vez la tuvo fuera del coche, le dio un empujón, arrojándola al suelo. No le hizo falta usar mucha fuerza. Aquella mujer era muy poca cosa.

Casi al instante, sin duda para aprovechar las últimas claridades del día, sacó de su cinto un fenomenal cuchillo. De esos que usan siempre los carniceros.

La señora Panter no lo vio. No podía verlo porque estaba ciega. Pero pareció intuir su presencia, y sus gritos se convirtieron en horrendos y espantosos alaridos.

No obstante, poco habían de durarle.

El cuchillo de carnicero le seccionó la garganta de parte a parte.

La mujer, tras un estertor horrible, escalofriante, pavoroso, dejó de existir.

CAPÍTULO IX

Hizo un gesto estúpido al ver que el bestia aquél se le acercaba. Repitió el gesto al verle ya muy cerca, detenido ante él.

—Has dormido bien, ¿eh?

—Tenía sueño —contestó Bob, que estaba sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared. Glenda se hallaba al otro lado—. Tenía mucho sueño. He dormido como un ángel.

—¿Te gusta esta casa? —le preguntó—. ¿O te gustaba más la otra, en la que estabas antes…? La otra estaba más arreglada, mejor pintada… Todo tan blanco, tan limpio…

—No me gustaba —mascculló Bob entre dientes, mientras fruncía el entrecejo—. Yo no quería ir… Me llevaron…

—¿Quién?

—No sé… No lo recuerdo… Gente mala… A mí todo el mundo me odia. Nunca he tenido suerte…

—¿Y tú odias a alguien?

—No, a nadie. Yo soy bueno, inofensivo —pero de pronto, de un violento brinco se puso en pie y gritó—: ¡Sí, sí odio a alguien! ¡A ella! ¡A ella sí! ¡Si algún día la encuentro, la mataré…!

—¿De quién me hablas?

—De Elisabeth, mi esposa. Es atractiva, deseable, tentadora. Por darle todos los gustos, me arruiné y ahora ella acepta regalos de todos… Cuando la vea la mataré… Ha transcurrido mucho tiempo, pero en seguida la reconoceré… Por el cabello, lo tiene rojizo…

¡Rojizo!

—Me parece que yo conozco a tu esposa. Sí, es muy atractiva, muy deseable, muy tentadora —y no perdió la oportunidad de añadir—: Tiene una hermana gemela.

—¿Hermana gemela? —repitió ese gesto idiota que le daba una expresión ausente, vacía—. No sé… A lo mejor sí…

—Sí, sí —ratificó—, tiene una hermana muy parecida físicamente a ella. Entonces, si te encuentras ante las dos, ¿cómo sabrás diferenciar…? ¿Cómo harás para saber la que es tu esposa y la que no lo es?

—No sé… No sé… —Se mesó los cabellos, fingiendo desespero. Luego exclamó entre risas—: ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo tengo! Las mataré a las dos. ¡Así seguro que la mato a ella!

—Eres un tipo listo.

—Sí, sí, lo soy… Pero ignoro dónde encontrarlas… —se lamentó —. El mundo es muy grande… Quizá se han ahogado y están en el fondo del mar… Allí no puedo buscarlas, no sé nadar…

—Yo sé dónde están. Puedo decírtelo si eres buen chico y te portas bien. Sí, puedo decírtelo.

—¿Lo sabes…? ¿Lo sabes…? —Y Bob Boone, frenéticamente, se arrodilló a los pies del bestia y suplicó—: ¡Oh, dímelo! ¡Te lo agradeceré toda la vida! Porque he de matarlas… Pero si están en el fondo del mar, es inútil, no sé nadar…

—Están sobre la tierra, muy cerca de aquí. Si quieres, mañana te llevaré con mi coche hasta la casa en que viven. Tú llamas a la puerta, ellas te abren y tú… ¡las matas!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Estupendo! —exclamó Bob.

—Bueno, ahora te dejo —todo había ido bien, a la perfección, no quería cansarle—. Descansa, duerme un poco. Recuerda que mañana es el día esperado, debes trabajar…

—Eso, trabajar… —Y Bob Boone quedó riéndose bajito, quedo, pero regocijadamente.

El bestia se retiró.

Bob corrió hacia la puerta. Pegó el oído a la cerradura. Aún estaba chirriando el cerrojo.

Oyó:

—Este tipo puede servirnos de maravilla.

* * *

Cuando regresó junto a Glenda, ésta, que había pasado muy mal rato, no pudo menos de decirle, tras haber respirado hondo.

—Lo ha hecho muy bien.

—Me jugaba el pellejo —sonrió Bob.

—Sí, claro… Pero, de veras, lo ha hecho estupendamente. Me ha

dejado de una pieza.

—De todas maneras, el final no dependerá de mis dotes de actor… Ignoro de qué forma se desarrollarán los hechos, pero… Sé que concurrirán otros factores.

No siguieron hablando. Volvía a oírse el cerrojo, que seguía chirriando tan escandalosamente como siempre.

—No hagas tonterías… —Oyeron que decía uno de los tres hermanos—. Si el jefe se entera, te parte la cara.

—La chica está loca, y es estúpida, idiota y todo lo que quieras… Pero está para comérsela… Voy a ver qué pasa…

La respuesta había dejado helada a la muchacha. Se quedó donde estaba, más acurrucada que nunca.

En cuanto a Bob Boone, acababa de llevar la diestra hacia la pistola automática. No sólo por aquellas palabras que acababa de escuchar, sino porque el bestia que estaba acercándose era, precisamente, aquel que él había tenido ya el gusto de conocer en las afueras del manicomio. Por si le reconocía, tenía que estar preparado.

Pero le miró y no dijo nada. No debía ser buen fisonomista.

—Oye, chica… —Se había dirigido rectamente hacia Glenda—. Vas a dormir muy mal sobre el suelo, está esto muy duro y frío. ¿Quieres venir conmigo?

—Estoy bien aquí —contestó ella, demasiado asustada para fingir debidamente.

—El lugar donde voy a llevarte es más cómodo, ven… —Le tendió la mano.

—No.

Iba a cogerla del brazo, cuando intervino Bob.

—Quiere quedarse conmigo. Me está enseñando a nadar… Por si un día me ahogo…

—¡Eh, tú, déjales ya! —Gritó desde la puerta el otro hermano—. ¡No vayas a echarlo todo a rodar! ¡No compliques las cosas!

—Bueno, bueno… —cedió tras un titubeo, y retrocedió de nuevo hacia la puerta. Pero había mirado otra vez a Bob Boone y esta vez le observó con más atención, y masculló entre dientes—. ¿A quién me recuerda ése…?

Así que se quedaron nuevamente a solas, Glenda Pattsson dejó su postura de hecha un ovillo y se acercó a Bob. En esta ocasión fue

ella la que acortó distancias.

También fue ella la que dijo:

—No creo que salgamos bien de aquí, vuelvo a estar muy asustada… Y como todo esto no lo veo nada claro, quiero decirle que… que es usted muy simpático.

—¿Simpático? —sonrió Bob.

—Bueno —repuso ella— quiero decir que me cae usted bien.

—Gracias.

—¿Sabe una cosa?, me gustó que me besara. Me gustó muchísimo.

—Pues podemos repetir… —Y sin precisión de más, la estrechó contra su pecho y la besó de nuevo.

Un beso que la muchacha creyó que no iba a acabarse nunca.

—Tiene práctica, ¿eh? —dijo ella, sofocada.

—Un poco… —Y sonriendo de nuevo—: ¿Sabe otra cosa? Si creyera que de ésta no íbamos a salir, no le pediría… Bueno, supongo que ya se lo imagina… Pero como estoy convencido de que todo acabará bien, le digo que ya está decidido que vamos a casarnos, ¿verdad?

Pero lo cierto es que Bob Boone sabía que ambos tenían la vida pendiente de un hilo.

CAPÍTULO X

Llegó el momento esperado. El momento crucial del que iba a depender todo.

Bob Boone estaba tras la puerta, escuchando, mientras movía los dedos de su diestra en un precavido recalentamiento. De un instante a otro, tendría que ir presto en busca de su pistola, o se vería en la ineludible precisión de regalar un derechazo.

El jefe acababa de llegar y sus hombres le estaban refiriendo que el loco era la persona idónea para desempeñar aquel último acto, el importante. No podía existir otro que fuera más a propósito al caso.

Bob estaba esperando que el jefe dijera, más o menos: «De acuerdo. Pero antes quiero echarle yo una ojeada a ese sujeto… Quiero asegurarme, por mí mismo, de que está dispuesto a servirnos bien…». De ahí que diera ya por llegado el momento de la acción.

Pero con gran sorpresa por su parte, Bob no le oyó responder eso. Bien mirado, algo muy distinto.

—Voy a fiarme de vosotros. Hacedlo como me habéis dicho… Si todo va bien, seré mucho más generoso a la hora de pagaros… Yo, por mi parte, me voy ahora mismo… Ya que en esta ocasión no me veo precisado a actuar personalmente… Es preferible que me deje ver en algún lugar público. Si es que alguien sospecha de mí, que no creo…

—Confíe en nosotros, jefe.

Se marchó de la casa. Sí, evidentemente, porque de nuevo volvieron a hablar de él los tres hermanos de un modo un tanto despectivo. Aunque, claro, iban a apresurarse a obedecer sus órdenes. De ello dependía un buen fajo de billetes.

Bob Boone había crispado los puños, violentamente. ¿De nuevo se le escurría aquel jefe de los mil demonios…?

¡Había deseado tanto que llegara el momento de jugárselo todo

a una sola carta! Sí, quería verse frente con aquel hombre. No importaba que el jefe, al reconocerle, comprendiera que aquel loco estaba cuerdo y que todo aquello formaba parte de una digamos encerrona. No le importaba con tal que él, por su parte, averiguara de una vez qué personalidad encubría a ese jefe asesino…

Sabía que se trataba de aquel hombre llamado Paul, que años atrás trabajaba en el circo. El que luego sufrió gravísimas quemaduras. Pero saber eso no era bastante, resultaba insuficiente. Si se le buscaba como a tal, seguro que no se daría con él. Aquel hombre, para el mundo, debió morir o desaparecer tiempo atrás, y para siempre. El de ahora tendría otro nombre, segurísimo.

Ahora se había ido de la casa. Se había escurrido. ¡A ese paso no lograría nunca desenmascararle!

Tenía, a marchas forzadas, que pensar algo…

Algo para obligarle a ir hacia él.

Se oyó el chirriar del cerrojo y Bob, en consecuencia, tuvo que apresurarse a retroceder hacia el lugar en que se hallaba la muchacha. Allí se quedó, sentado en el suelo, jugueteando con un par de botellas vacías, haciéndolas rodar de un lado para el otro. Al parecer muy divertido en su juego.

Habían entrado los tres hermanos. Vistos de cerca y a la vez, se parecían tanto como pueda parecerse un bestia a otro.

—Oye, deja eso… —dijo uno de ellos—. Vengo a llevarte a casa de tu esposa. Ella y su hermana gemela están ahora solas…

—Solas… —repitió Bob, riéndose—. Mejor así. Será todo mucho más fácil, ¿no?

—Claro. Lo que yo me he dicho. Anda, levántate.

—Sí, sí, ya voy… —Pero hizo rodar un poco más las botellas. Seguidamente se puso en pie—. ¡Ah!, ella ha de venir con nosotros.

Había indicado a Glenda. Quien estaba en aquellos instantes con la respiración contenida.

—Ella se queda —la respuesta que recibió fue rotunda.

—No, no… —Bob movió obstinadamente la cabeza—. Ella tiene que venir, para ayudarme. Lo he pensado bien… Si soy yo quien llamo a la puerta y es mi esposa quien mira por la mirilla, no me abrirá… Me reconocerá en seguida y no me abrirá… Si llama la chica, no inspirará sospechas…

—Después de tanto tiempo, tu esposa no ha de reconocerte. No

te preocupes por eso. Tú puedes hacerlo todo sin ayuda de nadie.

—No, no… —Seguía con la misma obstinación. Y también con el mismo gesto torcido, estúpido— sin ella no me voy. A mí me gusta hacer bien las cosas. Además, si nos hundimos en el mar, ella sabe nadar y me salvará… Porque yo no sé nadar, ¿os lo he dicho alguna vez…? Bueno, si no os parece bien, pues en ese caso me quedo… Me gusta mucho jugar con estas botellas…

Los tres se miraron de un modo interrogante. ¿Qué hacían? Ya no estaba allí el jefe para poder consultarle. Desde luego no se esperaban aquel tropiezo.

—La chica debe encargarse de la niña… —murmuró por lo bajo uno de ellos.

—Pero el jefe dijo —repuso el otro, con el tono asimismo muy bajo— que lo de menos es la niña, que lo que ahora debe preocuparnos más son las dos pelirrojas. Yo creo que acabar con ellas debe ser lo primero. Con la intervención de la chica si es preciso.

—No, no creo que el jefe se disguste. Él lo que quiere es rematar su venganza…

Bajaron aún más la voz y terminaron de concretar.

Mientras tanto, Bob, como si aquello no fuera con él, volvía a jugar con las botellas vacías.

—¡Eh, tú, ven…! —Habían decidido no llevarle la contraria—. ¿Quieres que la chica te ayude…? Pues nada, lo que tú quieras…

—¡Oh, gracias! —exclamó, y se esforzó porque sus actitudes parecieran absurdas, ridículas—. ¡Así todo irá bien! ¡Oh, gracias! ¡Gracias!

Glenda Pattsson se acercó al grupo. Estaba ansiosa por salir de allí. Pero ella no tenía tanta serenidad como Bob, ni tampoco, ésta es la verdad, sus dotes de comediante, y quieras que no, temblaba de pies a cabeza.

—¿Te acompaño yo? —preguntó un hermano al que por lo visto llevaba la iniciativa en aquello.

—O yo, si lo prefieres —ofreció el otro.

—Me basto yo solo —dijo—. Voy a llevarle en el coche hasta la casa. Así que se apeen, yo regreso. Ellos se encargarán del resto.

—¿Tú crees que saldrá bien…? —En aquel momento, el que hablaba dio la sensación de sentir ciertas dudas, ciertos recelos—.

¿Y si en última instancia se le va de la cabeza lo que tiene que hacer…?

—Lleva asesinadas cuatro mujeres pelirrojas, ¿lo ignoras? No, no se le irá de la cabeza. Puedes darlo por seguro.

* * *

Así que se apearon del coche y anduvieron solos unos cuantos pasos, la muchacha dijo a Bob:

—Me dan tentaciones de echar a correr.

—Nada de eso —la detuvo por el brazo, por si acaso—. No hay que perder los nervios. Esto lo último.

—Pero estamos ya libres…

—Aquí se trata de algo más.

El bestia que les había llevado hasta allí, hasta unos quince metros de la aislada casa de las hermanas Jessica y Donna Panter, acababa de decirle a Bob Boone.

—Aquí vive tu esposa y su hermana gemela. Ésa es la puerta.

Y hacia esa puerta se dirigía Bob, como si realmente fuera el loco que ellos creían.

El coche se alejaba ya. Se habían quedado solos. ¿Por qué, pues, seguir adelante con la comedia?, se preguntaba Glenda, desconcertada. La única y exclusiva finalidad de ellos, ¿no había sido escapar de la bodega…?

—No —le informó Bob—. Ya te lo he dicho, aquí, ahora, se trata de algo más —y agregó, porque comprendió que debía hacérselo saber—: Alguien nos está espiando. Entre las sombras.

—¿Quién? —Se estremeció Glenda.

—El asesino.

—¿Dónde está…?

—No lo sé.

—Pero has dicho que nos está espiando…

—Lo presumo. Verdaderamente no he visto a nadie. Pero sí, lo presumo. Un paranoico como él, un esquizofrénico… tiene forzosamente que serlo después de las horribles y espantosas muertes que con sus propias manos ha perpetrado, no puede dejar de ver, por sí mismo, al margen de todo posible engaño, si yo he cumplido o no fielmente mi tarea. Ha dicho que iba adonde hubiera gente, público… Pero no, seguro que no ha podido contenerse a sí

mismo… Estará por aquí… ¡Y yo he de hacer que se acerque! He de darle caza…

—Pero ¿cómo vas a conseguir que se acerque…? —Preguntó Glenda—. Aunque esté por aquí, se hallará preparado a huir a la primera sospecha.

—Ya veremos. Vamos a llamar a la puerta…

En efecto, el asesino se hallaba agazapado entre unos matorrales, no lejos de aquella casa, rodeado de las intensas sombras de la noche. Unas sombras mezcladas de polvo. Del polvo que levantaba un viento persistente, que ululaba cada dos por tres.

Con el corazón desbocado, dándole golpes en el pecho, casi sacudidas, el asesino esperaba el momento de ver morir a las dos personas que más odiaba en el mundo.

Las odiaba tanto, que preso de ese odio se había sentido enloquecer poco a poco. Hasta quedar tan desquiciado, tan demente, como esos locos a los que él hacía huir del manicomio del doctor Wanddors.

Pero él sabía lo que quería. Lo sabía con mayúsculas. MATAR a las dos mujeres que se habían burlado de su amor.

Para hacerlas sufrir hasta lo indecible, más allá de lo que pudieran imaginar, había eliminado al marido de Jessica, y a sus cuatro hijos, y también al marido de Donna y a la madre, ciega, de ellas dos. Luego, cuando Jessica y Donna estuvieran ya muertas, sólo quedaría la hija pequeña… Eliminada ésta, quedaría ya enteramente exterminada toda la familia, y él podría respirar a gusto. Se habría vengado. Como una y otra vez se lo había jurado a sí mismo.

CAPÍTULO XI

A la llamada del loco, se abrió la puerta de la casa. Un cuadrilátero de luz rasgó las tinieblas del exterior.

Inmóvil junto a los matorrales, el asesino vio brillar la lámpara del vestíbulo. Vio también cómo el loco entraba, acompañado de la chica.

Hubiera preferido que ésta no estuviera interviniendo en el asunto. Pero le daba lo mismo. Que ese par de locos hicieran las cosas como mejor les pareciera.

Pero que las hicieran.

El loco cerró la puerta de la casa a sus espaldas.

Después… un silencio intenso, cortante.

Un silencio que duró bastante. Por lo menos esa impresión tuvo el asesino. Claro que, quizá, fuera ésta una mera apreciación suya.

En eso, vio surgir dos siluetas en lo alto de la terraza del segundo piso. A pesar de la oscuridad, el asesino reconoció en seguida a aquellas siluetas.

Eran el loco y Jessica, o Donna. Bueno, para el caso era exactamente lo mismo. Por una de las dos tenía que empezar.

Las siluetas estaban engarzadas en una denodada lucha. Hasta que, de pronto, alguien dobló la balaustrada de la terraza y cayó al vacío. Se oyó gritar a Jessica. Instantes después, su cuerpo daba brutalmente contra el suelo.

Poco después, una nueva lucha entre el loco y Donna.

De nuevo ambas siluetas en lo alto de la terraza del segundo piso.

Y… una nueva caída. Esta vez gritó Donna, cuyo cuerpo fue a aplastarse inevitablemente junto al porche de entrada.

El asesino se frotó las manos, una contra otra, de puro goce. Se relamió los labios.

Instantes después, vio cómo el loco salía de la casa, dejando abierta la puerta de entrada. La chica salió con él. Los dos echaron a correr, vete a saber hacia dónde.

En fin, lo importante era que Jessica y Donna se habían estrellado contra el suelo.

Iba a irse de allí, pero le acarició el deseo de verlas. Un malévolo y maquiavélico deseo, que le sedujo como una dulce y embriagadora caricia de mujer.

Pero no, no quería cometer ninguna imprudencia. Se iría. Si todo había salido perfecto, ¿qué más podía pedir…?

Pero en aquel preciso instante, un gemido estremecedor llegó a sus oídos, a sus tímpanos. Y era Jessica quien había gemido tan dolorosamente…

Entonces, ¿aún estaba viva…? El asesino sintió que se le revolvían las entrañas.

Aún no había reaccionado, cuando sus tímpanos captaron un nuevo quejido. Pero esta vez era Donna quien se dejaba oír…

¿Tampoco ella estaba muerta…? ¡Maldición, aquello no podía soportarse!

Sin pensarlo más, fue rápidamente hacia allí. Las remataría. Dándoles con una piedra. Sin duda con eso bastaría. Tenía que acabar con ellas de una vez.

Pero al llegar junto al porche, lugar que quedaba bastante iluminado debido a la luz que se escapaba del vestíbulo de la casa, el asesino quedó estremecido.

Aquellos dos cuerpos que había visto caer desde lo alto del segundo piso, no eran más que dos almohadas, con objetos de peso en su interior. ¡Dos almohadas!

Comprendió que aquello formaba parte de una trampa. Pero ya era tarde para retroceder.

Sintió que había alguien a sus espaldas.

Quiso ver quién era y se giró.

—¿Usted, señor Boone?

La respuesta de Bob fue:

—¿Usted, Walter…?

Sí, quien estaba allí era el mayordomo de Russ. El mismo. Quien se había apresurado a sacar una pistola.

—Con que se trataba de usted, ¿eh? —ironizó Bob Boone, sin

amedrentarse en absoluto por aquella arma que le apuntaba con intenciones bien definidas y concretas—. Claro, por eso su voz… ¡Ya decía yo!

—Está metido en esto hasta el cuello, señor Boone. Haciéndose pasar por loco, para llegar a esto…

—Para desenmascararle. Sí, para eso lo he hecho. Ya era hora de darle caza.

—Pero le ha faltado talento…

—¿Usted cree? ¿En qué he fallado?

—En permitir que yo le esté apuntando ahora. Como comprenderá, apretar el gatillo es cosa de un segundo.

—En menos tiempo de un segundo, yo, si quiero, le mando la pistola por los aires. —Es usted un fantoche insoportable.

—Puede demostrarme que lo soy. Está en su perfecto derecho a… intentarlo. Pero antes, si tan seguro está de sí mismo, explíqueme por qué ha cometido esa cadena espeluznante de crímenes…

Bob Boone quería ganar tiempo. Walter no acertó a comprenderlo. Él sólo comprendía en aquellos momentos que su pistola le estaba dando todos los triunfos.

—Lo sabe, señor Boone —respondió—. Ellas se burlaron de mí. Me trastornaron tanto con sus desprecios, que por su culpa tuve un descuido y por culpa de ese descuido ardió el circo en el que yo trabajaba. Sufrí horribles, espantosas quemaduras, que nunca se me han curado. Se me abren, me sangran, me supuran de continuo. Y siento un dolor físico tan grande, que tengo que tomar calmantes para poder resistirlo. Tengo todo el cuerpo así, ¿sabe? Desde el cuello hasta los pies. Sólo se escapó mi cara y mis brazos.

—¡Ah!, ¿entonces era usted…? —Acababa de recordar lo que vio en casa de Russ, a través del espejo.

—Y todo por culpa de ellas, de Jessica y de Donna… —Había mirado hacia el interior de la casa. Luego de matar a Bob Boone, tendría que matarlas a ellas. No podía permitir que llegaran a hablar. Respecto a la posibilidad de que telefonearan a alguien, no se preocupaba. Sabía que las hermanas Panter no tenían teléfono. Añadió—: Creí que llegaría a olvidarlas, pero no… Cada día las odiaba más, y más… A ello contribuía mi dolor físico… Un recuerdo más de ellas… Cuando tiempo después me dio por jugar a

las carreras de caballos y tuve una suerte loca, enriqueciéndome, comprendí que el dinero tenía que servirme para eliminarlas a ellas y a todos los suyos.

—Entonces se le ocurrió ese plan…

—Una idea perfecta, unas coartadas sin tacha… De no meterse usted donde nadie le llamaba…

—Se equivoca, Walter, me llamaron. El doctor Wanddors, un buen amigo mío…

—Se me ocurrió lo del pasadizo hasta el interior del manicomio. Se me ocurrió poner a mis órdenes a tres ex compañeros míos. Se me ocurrió dejar libre a un loco, luego del crimen, llevando puestas las prendas de las víctimas… O al pirómano, dándole una antorcha encendida… Además, para terminar de despistar, se me ocurrió ponerme a servir de mayordomo en la casa de Russ. ¿Por qué no…? Con ella tenía todas las noches libres. Así que empieza a oscurecer, o a veces antes, ella coge uno de sus coches deportivos y se larga a su apartamento… Sí, siempre he tenido las noches libres. He podido aprovecharlas a mi antojo —respiró hondo y agregó—: Al referirme a cuando el señor vivía, a lo mucho que amaba a la señora, lo hice, simplemente, para hacerle creer que hacía tiempo que estaba sirviendo en la casa… No, apenas hace unos meses que ocupaba ese puesto. Pero, bueno —se interrumpió a sí mismo—, no tengo tiempo de explicárselo mejor. Puede venir alguien. He de matarle, señor Boone.

—¿Y si mientras me mata a mí, se escapan Jessica y Donna, por la puerta trasera, la de servicio?

—La puerta de servicio de esta casa está situada aquí a la derecha, lugar que yo diviso perfectamente desde donde ahora estoy. No hay otra puerta. Lo sé de sobra. No me crea tan ingenuo como para no haber pensado en eso. Por lo tanto, las dos siguen en la casa… Así que acabe con usted, las buscaré a ellas. Pero…, pero… —bisbiseó el asesino, de pronto, poniéndose lívido— ¿y la chica… la chica…? Si usted no está loco, ella tampoco debe estarlo. Y hace ya rato que ha salido de aquí…

—Yendo directamente, por encargo mío —dijo Bob Boone, sin alterar el tono, ni la actitud—, en busca de la policía. Por lo que ésta no tardará en presentarse aquí. Lo lamento por usted, Walter, o Paul…

El asesino supo que urgía acabar de una vez. Sin más contemplaciones, apretó el gatillo…

* * *

Pero Bob ya sabía que iba a hacerlo. Lo supo unos segundos antes incluso que el propio interesado. De ahí que, en el momento justo, exacto, diera un salto, se echara contra el suelo y rodara velozmente sobre sí mismo, hasta ir a parar a los pies de Walter.

Éste había disparado ya, pero las balas se habían perdido sin dar en el blanco. Para cuando reajustó la puntería, era ya tarde. Bob Boone se había abrazado a sus piernas, derrumbándole. Por lo demás, en la caída acababa de perder el arma.

Se levantó con bastante presteza. Sabía lo que se estaba jugando, la horca, sin lugar a dudas. Pero le duró poco la postura vertical. De un derechazo implacable, Bob volvió a derrumbarle.

Esta vez se quedó donde el joven detective le había hecho ir a parar. Le faltaba el resuello. El cuerpo volvía a dolerle horrores. De una forma insoportable, infernal.

Bob comprendió que aquel hombre estaba enfermo de la mente, pero también del cuerpo. Comprendió que no tenía enemigo.

Ganar con tan poco esfuerzo, no podía saberle a nada. Era como vérselas con un ser inferior.

Quizá debido a esto, no terminó de disgustarle del todo que en aquel momento apareciera un coche, que éste se detuviera allí mismo y que de su interior se apearan los tres bestias.

—¡Jefe! ¡Jefe! —exclamó uno de ellos—. He recordado de qué conocía yo a ése… No está loco…

—¡Acabad con él! —rugió Walter, desde el suelo.

Los tres se abalanzaron sobre Bob Boone, quien se dijo que había llegado el momento de lucirse. Eso ya era otra cosa.

Se abalanzaron a la vez.

Pero el primero salió lanzado hacia atrás de un impresionante derechazo, el otro cayó de morros y nariz al sufrir una inesperada zancadilla, y el tercero se encogió dolorosamente, como un pobre gusanillo, al recibir un puñetazo fenomenal en el hígado.

—¡Acabad con él! —exclamó de nuevo Walter, que empezó a incorporarse, pensando que, de seguir así, tendría que volver a tomar cartas en el asunto. Se lanzaron nuevamente hacia Bob. Pero

esta segunda tentativa no fue más afortunada. Ni mucho menos. Los tres quedaron fuera de combate en menos tiempo del que se necesita para hacer sonar un clarín de guerra.

Bob Boone tenía una fuerza descomunal, realmente impresionante, en sus puños. Cuando los cerraba y daba, no había manera de resistirlo.

—Me estáis decepcionando, peques… —Se engalló Bob, tras sacudirles por tercera vez—. Se comprende que perdierais el trabajo que teníais… ¡Si no debéis tener fuerzas ni para levantar pesos de cincuenta kilos!

Pero Walter estaba ya en pie y había ido hacia su pistola, que había quedado en el suelo a pocos pasos de él.

Así que la cogió, disparó…

Y disparó a Bob Boone por la espalda. Por donde disparan siempre los más cobardes.

* * *

Pero Bob, aunque pendiente de los tres bestias, no había perdido de vista a Walter. Sabía que, pese a todo, era el más peligroso de todos.

Así que, se volvió a tiempo, esquivando el disparo y a la vez empuñando su propia pistola y accionando el gatillo.

Bob Boone no falló. Hubiera sido la primera vez que fallara. Tenía una puntería verdaderamente infalible.

Walter se tambaleó, con un agujero rojo en medio del pecho. De su garganta salió un lamento de muerte.

—Se lo ha buscado, Walter —repuso Bob—. Quería olvidarme de que llevaba pistola, pero usted me ha forzado a recordarlo…

En aquel preciso instante, se oyó la sirena de la policía. El coche estaba ya muy cerca. Llegaba a la máxima velocidad. Sus focos rasgaban la oscuridad.

Los tres bestias se miraron. Se daban cuenta de que echar a correr no iba a servirles de mucho, más bien de nada. Y optaron por no ofrecer resistencia.

Walter aún respiraba. Pero la vida iba desapareciendo inexorablemente de su cuerpo.

De ese cuerpo que el incendio dejó deshecho, destrozado, casi carbonizado.

Quedó sobradamente demostrado que fue así, cuando Walter, o Paul, como se prefiera, se desabrochó la camisa. Se ahogaba, y debió pensar que así respiraría mejor.

Entonces Bob Boone vio aquel cuerpo, aquel torso. También lo vieron Jessica y Donna Panter, que finalmente se habían atrevido a salir de la casa.

Aquel cuerpo, aquel torso, era como una caverna de implacables, retorcidas y sinuosas cicatrices, entre las cuales fluían las llagas.

Resultaba tan horrible, tan espantoso aquel espectáculo, y debía de haber sido tan enloquecedor el dolor físico de aquel hombre, que las dos mujeres llegaron a comprender que se hubiera vuelto loco. Porque ésta era la explicación, estaba rematadamente loco.

Al poco, Walter decía:

—No he podido acabar mi tarea. La dejo incompleta… Ahora que lo pienso, debí empezar por ellas…

CAPÍTULO XII

—De no haber muerto —dijo Bob a la muchacha— su sitio hubiera sido la clínica psiquiátrica de mi amigo el doctor Wanddors. Estaba completamente perturbado… El dolor corporal, debió dañar su mente… Aunque quizá fue simplemente su odio… Como sea, era un diabólico asesino…

—Ha sido espantoso —convino Glenda Pattsson— tanto, que desde luego se me ha quitado para siempre las ganas de ser actriz… No volveré a pensar en ello.

—Piense en casarse —dijo Bob.

—¿Con usted?

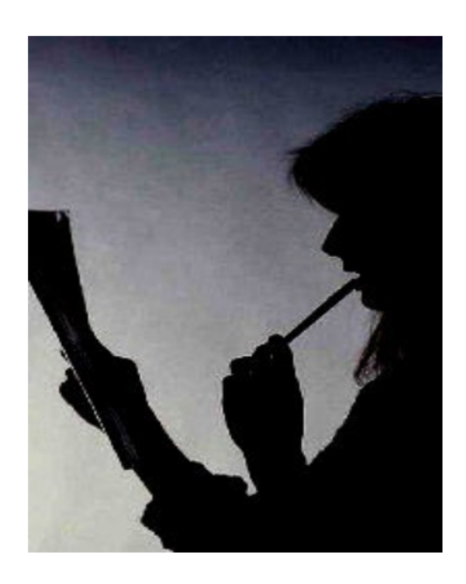
—¿Por qué no? Soy un buen tipo, paso del metro ochenta y además tengo cierta belleza masculina, no desdeñable del todo. Eso me han dicho siempre las mujeres.

—Si me caso, esas mujeres han de desaparecer…

—Las meteremos en el manicomio —rió Bob—. De allí no saldrán nunca.

—Está bien —rió a su vez Glenda—. De acuerdo.

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.